

el ENGRANAJE



H.S. THELS

H.S. THELS

EL ENGRANAJE

EDICIONES TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
Barcelona

Dr. Julián Álvarez, 151
Buenos Aires

Depósito Legal: B -17051 —1967

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

I

Habitualmente solía decir: «Hola, Carroll, cariño, ¿cenamos juntos esta noche?» Pero en aquella ocasión no dijo nada de aquello, tal vez porque todavía se encontraba perturbado por el rostro ovalado de la chica que había visto en el ascensor XII.

Comentó sucintamente:

— Qué mal tiempo, ¿eh, Carroll?

Y realmente hacía mal tiempo, aunque no hubiese modo de saberlo en aquel departamento de información de la Grahan-Engine. Se requerían quince minutos para abandonar el edificio, después de sortear los pasillos, hacer carreras con los ascensores y descender las doce plantas sin ningún tropiezo eléctrico.

— Llueve —admitió ella—. ¿No es fascinante?

Steve se dejó caer en el sillón giratorio y trató de olvidar por unos momentos todo el papeleo que se amontonaba sobre la mesa.

— ¿Qué me dices de una chica de pestañas sintéticas que frecuenta el ascensor XII, Carroll?

— Steve, amor, ¡qué manera tan odiosamente original de identificar a una mujer!

Por un momento Steve Lunch la miró con fijeza. Luego prefirió mirar descaradamente las piernas de Carroll. No habían cambiado. Después de diez años no habían cambiado en absoluto. Carroll Mills era el tipo de mujer que podía enorgullecerse de ser lo que era con sus treinta y cinco años.

— ¿No conoces su número?

Carroll era rubia, aunque Steve sabía lo caprichosamente que cambiaba el color de su pelo. Nunca había conocido el color de sus ojos. Eso continuaba siendo un misterio y Steve se sentía muy poco inclinado a descubrirlo.

— No conozco su número —rezongó.

Se sentía malhumorado sin saber por qué. Quizá porque llovía afuera, en la Broad Street y él aborrecía la lluvia.

Recibió una sonrisa desconcertante desde detrás de la mesa que ocupaba ella.

— Encanto, ya sabes lo difícil que resulta encontrar a alguien en una colmena de cinco mil empleados.

Steve asintió. Claro que sabía lo complejo que hubiera resultado aquello en la Grahan-Engine. La próxima vez miraría el número de la joven de las pestañas sintéticas.

Afortunadamente, como jefe de uno de los departamentos de información, había conseguido convencer a Grahan que él no era un robot para llevar rotulado en la manga uno de aquellos antiestéticos números.

Oh, aquélla había sido una gran discusión. Pero Mel Grahan había acabado cediendo, cuando Steve mencionó la Clasyus Robótica. Grahan no quería perder un hombre eficiente y abandonó la partida.

Luego había vacunado a Carroll contra las matemáticas, obteniendo otro punto positivo. Más tarde le imitaron algunos de los jefes de departamentos. Cryon, de Distribución; Maxwell, de Inspección, y algún otro. Pero la mayor parte había optado por adoptar el número.

De cualquier modo los argumentos de Steve respecto a las cédulas de identificación habían sido tajantes: ¿Qué diferencia había entre un robot y un hombre, ambos con su número correspondiente?

Había llegado a la conclusión de que no había ninguna.

— Olvida a esa chica, Carroll. Creo que otro día tendré más suerte.

Inmediatamente después atrapó el ejemplar del New York Times, sorteando velozmente las páginas deportivas.

Escuchó la voz flexible de Carroll mientras descolgaba uno de los teléfonos.

—¿Sí?

Steve se detuvo ante los titulares que anunciaban la nueva candidatura de los Estados Unidos.

—Desde luego, señor Dolman—. La voz de Carroll seguía siendo flexible—. Un service-robot es tan eficaz como cualquier otro tipo de robot. Pero no podrá ayudarle en un trabajo intelectual. No, en ese caso necesita usted un mind-robot.

Steve descartó en seguida a Jack Simone. Titubeaba al hablar; eso y que se llamara Jack eran dos puntos negativos en contra. Jack era un nombre demasiado popular. De nada le iban a servir sus buenos antecedentes como gobernador de Ohio.

—¿Que cuál es la diferencia entre un service-robot y un mind-robot? Bueno, señor Dolman, le diré que un robot de servicio sólo realiza trabajos manuales, mientras que un robot cerebral es… es todo lo más parecido a una persona. ¿Entendió?

Richard Barnett.

Steve Lunch consideró detenidamente la personalidad de Barnett. Podía resultar un buen elemento, debido a sus condiciones de oratoria. Pero en su opinión, Barnett había cometido un error.

—Por supuesto que le aconsejo un mind-robot, señor Dolman, aunque eso eleva considerablemente el presupuesto… ¿Que no le importa? Correcto, señor. Notificaré su pedido. De cualquier modo puedo remitirle algunos folletos publicitarios sobre las máquinas de la Grahan-Engine…

Sí, Barnett había cometido un error indisculpable. Era un maldito separatista.

Steve sonrió maliciosamente.

Barnett tropezaría con un partido de oposición de dos millones de hombres de color. Quizá más. Quizá más y toda su filosofía se iría al diablo. Los periodistas lo aprovecharían para despedazarlo públicamente.

— ¿No tiene tiempo para leer nuestros prospectos…? Bien, señor Dolman, yo tampoco tengo el ocio suficiente para recitárselos. ¿Qué le parece si envío a un representante? ¿Puede comunicarme una hora adecuada?

Steve permaneció ceñudo ante la fotografía. Aquel hombrecillo era Stanley Winocour. Se había presentado como candidato del estado de Arkansas. La prensa apenas comentaba su vida. Prefería recordar la cerebral capacidad de Winocour, sus manifestaciones que hacían aullar a las masas.

¿Probable candidato?

Steve tragó saliva y llegó a la conclusión de que Winocour no gozaba de sus simpatías. ¿Por qué? Eso quizá lo sabría algún día. Ahora se encontraba realmente desconcertado.

—… No, señor Dolman. No formo parte del equipo de representantes publicitarios de la Engine-Grahan… ¿Cómo?… No, me temo que no podré recibirle aquí. ¿Se interesa realmente en comprar un robot, señor Dolman?

Winocour.

Steve se había preguntado anteriormente cómo aquel hombrecillo había llegado tan alto. Demasiado alto en su opinión. Demasiado alto teniendo en cuenta su aspecto macilento y las arrugas que afeaban su rostro. Winocour no tenía presencia. Eso era lo que pensaba Steve.

—…Correcto, señor Dolman. He tomado nota de su dirección. Estamos a su disposición. Buenos días.

Pero había algo que Steve no había pensado. Se trataba de la personalidad de Stanley Winocour. De un modo u otro había logrado excitar a la gente. Steve ignoraba el modo. Pero los síntomas eran elocuentes y se estaba llevando la palma de oro con su campaña electoral.

— Steve…

Era muy simple adivinar que, si Jack Simons y Richard Barnett no hacían algo por recobrar el equilibrio, aquel Winocour ostentaría en dos semanas el cargo de Presidente de los Estados Unidos.

— Steve, cariño…

Lunch apartó a un lado el periódico.

—¿Eh?

— ¿Ocupa el señor Dolman alguna casilla en nuestro archivo?

— ¿Dolman? Hummm… No. ¿Por qué?

—Un probable cliente—. Carroll le enseñó sus dientes en una sonrisa cotidiana—. Parece interesarse por un mind-robot. Pero opino que necesitamos ayudarle a decir que sí antes de que cambie de opinión y se vaya a la Clasyus-Robótica.

Steve afirmó sin interés. Pensaba en Winocour.

— ¿Quién podría convencerle de eso, Steve?

— Déjame pensar… Bryan. Bryan vendería cualquier tipo de robot. Sabe cómo hacerlo.

Carroll adoptó una aptitud pensativa.

— ¿Bryan? Bien…, creo que un agente femenino tendrá más posibilidades que Bryan. Lo mejor será que me ocupe yo del asunto, Steve. Es decir, no personalmente.

Lunch observó cómo se dirigía hacia su mesa y de algún modo le recordó a la muchacha de pestañas sintéticas. Diablo, la próxima vez imprimiría el número en su cerebro.

Bostezó.

Momentos después se había inclinado sobre el escritorio y

clasificaba velozmente los pedidos. Parecía sencillo: pedidos probables, pedidos improbables. Pero Steve conocía la filosofía de Grahan: «Ninguna venta es irrealizable. Todo el que pregunta por un robot es porque quiere comprar un robot».

Así era.

Cuando alguien sentía curiosidad por el rendimiento de cualquier tipo de mecanos —así los llamaban, despectivamente—, no se le soltaba fácilmente. Antes debía recibir un bombardeo de folletos y la visita de los agentes.

Lo que Grahan quería era vender robots. Le importaba muy poco saber si los guardaban como adorno. Mel Grahan llevaba haciendo aquello veinte años; veinte años peleando con la Clasyus Robótica; veinte años desde que empezó con los elementales information-robot. Ahora podía presumir con los robots cerebrales y antropomorfos. En los trabajos intelectuales resultaban tan eficaces como los mejores hombres, con la virtud de que nunca padecían aflicciones de cualquier tipo.

Ahora podía presumir, en el año 2099, de poseer la Grahan-Engine de quince plantas, con más de cinco mil empleados y cientos de robots de todos los tipos.

Steve sabía eso muy bien. Lo había aprendido a lo largo de diez extensos años.

— Steve…

— Dime.

Carroll se aproximó. Era una buena chica. A Steve le importaba poco que perteneciera a la Liga de Emancipación Femenina. Incluso comprendía su punto de vista.

— ¿Has abierto una ficha para el señor Dolman?

— Lo olvidé —dio un salto y se colocó ante el fichero de líneas atrevidas. En seguida obtuvo la D—. ¿Dolman has dicho?

— Sí —le dio la dirección—. He arreglado lo del representante. Nancy se ha ofrecido como voluntaria.

— Nancy, Nancy… —repitió Steve—. ¡Oh, sí!

Por supuesto que sabía quién era. También estaba adherida a la Liga de la Emancipación Femenina. Pero además se obstinaba en no llevar tacones, en fumar tabaco negro y hasta hacía ensayos literarios.

A Steve le asustaban aquellas mujeres. Nancy. Hummm…

— ¿Qué opinas de Winocour, querida?

Ella mantuvo la cabeza erguida. Luego rompió su seriedad con una sonrisa.

— ¿Opinar? Bueno, no sabría decirlo. Personalmente no me gusta. Resulta…

— Desagradable.

— Desagradable, sí. Pero por otro lado aprecio su diplomacia. Imagino que es el único que ha sabido atraerse la simpatía de los diversos partidos. No es un segregacionista como Barnett —suspiró—. Ni tiene los ojos tan fascinantemente azules como él.

Steve parecía desalentado.

— Nena, olvida el atractivo físico de Winocour.

Steve parecía desalentado.

— Querrás decir el poco atractivo físico de Winocour. Steve, cariño, no entiendo lo suficiente para darte una opinión positiva. La política no es para mí. O yo no soy para ella. Pero de todos modos te voy a decir algo: muchas mujeres votarán por Richard Barnett y sus dichosos ojos azules.

Steve resopló.

— Admitido, admitido. Pero Barnett tiene una oportunidad entre diez de superar a Winacour ¿No lees los periódicos? Winocour hechiza al público. Dicen que es sencillo, agradable, diplomático. ¿Quieres que añada más adjetivos, nena?

— No serviría de nada, Steve.

— De acuerdo. —Steve pareció calmado—. No serviría de nada. Claro que no. Winocour llenará las urnas con sus votos. Ya ves. Un tipo desconocido de Arkansas. Nunca podré mirarle como a un Presidente.

— Pero ¿por qué te molesta tanto?

Se encogió de hombros. Inmediatamente después se levantó. Hubiera podido ser un hombre corriente, si su rostro no resultara atractivo y tuviera la altura adecuada para parecer alto. Disimulaba bajo sus cabellos y ojos negros cuarenta años.

— ¿Molestarme? ¿Por qué había de molestarme? Pero, si suprimimos la política, las carreras de caballos y las chicas como tú ¿de qué diablos íbamos a hablar?

— Oh, Steve, si Grahan descubre tu poco interés por los robots, me temo que tendrás que irte a la Clasyus Robótica.

Lunch la miró fijamente.

— Si cometiera ese error, demostraría ser el tipo más rematadamente tonto de todo Nueva York. Pero el viejo condenado no lo hará.

Acabó dedicándole una sonrisa. Momentos después había perdido todo interés por la conversación. Intentó arreglar la mesa, pero eso consistía en recibir la tentación del periódico entreabierto.

Echó una última ojeada a Winocour. Se sentía confuso. Verdaderamente confuso. Pero la próxima candidatura resultaba clara. Stanley Winocour había ejercido una sabia presión sobre el público, hasta el punto de hacerles olvidar su feo aspecto.

Sabía lo que se hacía. Lo sabía condenadamente bien.

Cuando escuchó distraído el zumbido que provocaba el interfono estaba interesado por las carreras del hipódromo que se celebrarían el domingo. Steve amaba a los caballos, especialmente si encontraba en ellos el modo de ganar un puñado de dólares y olvidar a Josella.

«Daisy» era una buena yegua. Prometía. Steve desconfiaba de sus patas. Eran largas y sabían correr, pero también eran demasiado delgadas. Acabaría encontrando la gloria, pero no en el hipódromo, sino en el pajar de una caballeriza, después de haber creado un buen potro.

Tal vez «Joe», pensó. O «Ligth». Sí, ambos sabían correr. Cualquiera de ellos podía llevarse la mano, si ningún advenedizo les daba un susto. Pero un susto en el hipódromo era la cosa más natural del mundo y Steve lo sabía.

— ¡Steve!

Levantó la cabeza.

— ¿Qué hay?

— Grahan acaba de comunicarme que desea verte en su despacho.

Dio un salto.

— ¿Ese viejo de Grahan? Hace más de un mes que no solicita mi presencia. ¿Qué te ha dicho el gruñón?

— Nada concreto. Simplemente que te presentes cuanto antes.

Steve adquirió un aire desenfadado.

— Ya lo ves, cariño. La Grahan-Engine se derrumba si no vengo a sostenerla. ¿Qué puede reprocharme esta vez?

Carroll empezó a reír.

— Apuesto que quiere crear algún nuevo folleto sobre los «mecanos» de Grahan-Engine. O tal vez una copia de las ventas de este mes. Ya sabes que adora las estadísticas. O quizás haya encontrado la manera de destruir a la Clasyus Robótica. No, no creo que sea eso. Lleva años intentándolo en vano.

— Nena, eres demasiado pesimista. Por supuesto que derrumbaremos a la Clasyus Robótica. Es cuestión de tiempo. ¿Sabes para qué me llama Grahan? Bien, te lo diré. Espera que le comunique cuál es el potro preferido en las carreras del domingo.

Ella no se rindió.

— Oh, vamos, Steve, ¿qué le interesa a Mel Grahan en este mundo, aparte de los miles de robots que fábrica?

— Se lo preguntaré.

Había empuñado el pomo de la puerta. Envió un guiño a Carroll y cerró la puerta tras él mientras entonaba una pieza de jazz.

II

Se encontraba en el pasillo 422.

Los pasillos o conductos eran las arterias que atravesaban la Grahan-Engine de un lado a otro. Un hombre que no pudiera orientarse tardaría horas en escapar del monstruoso edificio.

Steve calculó que debía subir dos plantas. Para eso debía llegar a uno de los ascensores más cercanos. Afortunadamente había information-robots por los más recónditos rincones de la Grahan-Engine.

Steve Lunch había decidido que ni Winocour ni Josella iban a estropearle aquella mañana, ni la melodía que estaba tarareando. Y no fueron ni Winocour ni Josella, sino uno de los malditos robots murales que controlaban los ascensores.

Fue cuando iba a penetrar en uno de los ascensores.

— No funciona, señor. Avería momentánea. Utilice el número XV.

El número XV estaba lo suficientemente lejos de allí como para que Steve se sintiera molesto.

— ¿Cuándo demonios van a arreglarlo?

— No funciona, señor. Avería momentánea. Utilice el número XV.

Lunch levantó la vista y la clavó en el robot mural. Hasta entonces no se había dado cuenta en el parecido entre el robot y una estufa anticuada. Si Grahan adivinaba que pensaba así le soltaría un sermón.

No servía discutir con un robot. Y menos aún con un robot mural que sólo sabía repetir una eterna cancioncilla.

En tanto se alejaba, escuchó con claridad el estribillo.

— No funciona, señor. Avería momentánea. Utilice el número XV.

Se perdió. Eso le ocurría a menudo. Nunca conocería aquellos condenados pasillos. Tardó más de lo debido en topar con el ascensor número XV. Estaba del todo vacío.

Eso le tranquilizó. No hubiera querido hablar con nadie.

Cuando abandonó el elevador, Steve empezó a organizar su equilibrio. Repetidas veces había ido al despacho de Mel Grahan. Y

siempre había tenido problemas. Durante mucho tiempo había tenido problemas con los pasillos.

El suyo era el 422, muy bien. Pero aparte de ése, ¿conocía algún otro? Trató en vano de recordar cuál era el de las oficinas de Grahan. Sabía que llegar tarde a aquella llamada no era conveniente. Como tampoco lo era precipitarse. Tomarse el debido tiempo evitaba comentarios posteriores.

Pero el debido tiempo estaba pasando y Steve no hallaba la salida de la encrucijada. Consultó el número del pasillo cercano: 712. Aquel número no le dijo nada, pero un poco más allá se encontraba otro robot mural. Steve estuvo junto a él en unas zancadas. —¿El despacho del señor Grahan?

— No puedo informarle, señor. Pregunte a un robot AB. Debe ir al otro lado del pasillo 712.

Iba a decir algo, pero se calló. Era lógico que un AB pudiera indicarle lo que necesitaba. Un A resultaba completamente inútil. ¿Por qué demonios se emperraba Grahan en crear robots A? Eran demasiado ineficaces. Pero Grahan era así. Ineficaz en muchas ocasiones.

Pero Steve sabía las diferencias entre un robot A y uno AB. Este último era doblemente costoso. Un robot mural A se limitaba a indicar la posición de un robot mural AB. Y el robot AB cumplía con la segunda parte del cometido.

El robot mural AB poseía la misma voz artificial que el A, pero resultaba más eficiente. Poco después había localizado Steve la ubicación del despacho de Mel Grahan.

Antes de llamar a la puerta se arregló la corbata, se alisó la camisa y aplastó sus cabellos precipitadamente. Sabía que penetrar en el despacho de Grahan de cualquier modo era un error.

Gracias a sus propios criterios había conseguido ganarse la amistad helada del director de la Grahan-Engine. Y en más de una ocasión le había demostrado que él no era un robot ni debería hablarle como a tal.

Pulsó el botón mientras miraba mecánicamente el rótulo a la altura de su cabeza: Dirección.

La célula fotoeléctrica tardó quince segundos en abrir automáticamente la puerta. Steve penetró y descubrió a la figura que se parapetaba tras la mesa. Era la obra de Grahan, la obra de

veinte años de trabajos contra la materia electrónica.

Un mind-robot VIII.

Mel Grahan lo había adoptado como secretario, pero lo mismo podía ser su guardaespaldas como su confidente. Tal vez esto era excesivo, pero ¿había algún «mecano» capaz de ejercer el trabajo de un hombre en cualquier sentido? Si había alguno, era aquel que ahora tenía delante. El mind-robot VIII,

— ¿Señor Lunch?

Siempre aquella voz átona.

— Diga.

— ¿Ha recibido comunicación?

Vestía como cualquier jefe de departamento, pero actuaba con la precisión de una docena de ellos. Steve sabía lo muy orgulloso que se sentía Grahan acerca de él.

— Sí.

— Un momento.

Observó de qué modo el robot barajaba la minúscula centralilla. Se sentía impaciente, pero una larga experiencia le había enseñado a esperar delante de aquellos formulismos.

— El señor Lunch…

Steve no captó la respuesta; no la respuesta de Grahan, pero sí la de la máquina.

— Puede pasar, señor Lunch.

Se dirigió hacia la puerta del fondo. Repetidas ocasiones la había pasado y siempre con el mismo desconcierto. Incluso cuando obtuvo la victoria de las células de identificación.

Cuando la puerta que comunica directamente con el despacho de Grahan pareció evaporizarse, Steve descubrió al magnate de la Grahan-Engine recostado sobre su sillón, ante la mesa de grandes dimensiones donde se apiñaban los informes y los teléfonos de colores.

Era difícil describir a Mel Grahan. Su apellido se encontraba en las primeras páginas de los periódicos; pero la mayoría de los artículos escritos sobre él carecían de fundamento.

Una de las obligaciones del mind-robot VIII era la de alejar a los curiosos periodistas de los alrededores de Grahan. Por supuesto que empleaban buenos modales, tan excelentes modales que los reporteros solicitaban *interviús* a aquel nuevo tipo de robots para

crear una página sensacionalista.

Por supuesto, Steve había leído algunas de aquellas páginas sensacionalistas.

— Hola, Steve, adelante.

Grahan debía tener sesenta años, aunque actuaba como un joven en todas sus empresas. El pelo de su cabeza había sido un recuerdo de su juventud y siempre se había negado a echar mano a uno de aquellos frascos que garantizaban una melena abundante.

— Vamos, adelante, Steve.

Sí, en cierto modo era un joven. Pero su rostro no decía nada en favor de los hechos. Grahan era viejo, los ojos hundidos y la nariz redonda. Poseía las cejas de un gorila y cuidaba pomposamente la curvada barriga.

Sus manos de cortos dedos se movían ahora por encima de la mesa, buscando una de sus pitilleras.

— ¿Un cigarrillo?

— Ahora no, gracias.

Grahan entrecruzó los dedos de las manos y se recostó un poco más en el mullido sillón.

— ¿Cómo van las cosas en el departamento?

Steve adivinó que aquello era una manera como otra de darle los buenos días.

— Imagino que bien, señor.

— Yo no imagino nunca, Steve. Sé que van bien. Dreiker se está mordiendo los puños de envidia. Y sabes ¿por qué?

Dreiker era el director de la Clasyus Robótica.

Lunch sonrió forzosamente. Aquella sonrisa era una negativa.

—Es por los mind-robots, Steve. Y especialmente por el número VIII. Dreiker nunca logrará crear ese tipo. No como nosotros; no con nuestra firma. ¿De verdad no quieres un cigarrillo?

Steve apreciaba el buen humor de Grahan. A veces, éste le tuteaba. Pero con la misma facilidad le enviaba al diablo.

Aceptó el cigarrillo, en tanto se preguntaba por qué actuaba Grahan de aquella manera. Él sabía que generalmente evitaba los rodeos.

— ¿Alguna nueva yegua en el hipódromo?

Por unos momentos, Lunch trató de no fruncir el ceño, pero acabó haciéndolo al recordar el poco interés que había mostrado

Mel Grahan durante toda su vida por los caballos.

— ¿Una nueva yegua? No conozco ninguna nueva yegua, señor, aparte de Daisy.

Grahan sonrió.

— ¿Qué opinas de ella?

— Puede ser algo bueno. —Steve no sabía más que decir.

Grahan sostenía aún la sonrisa. Tomó uno de los cigarros tubulares y pareció enjuagarse la boca con él. Su traje demasiado oscuro no estaba de acuerdo con su expresión.

— Bien, dejemos eso ahora. Estos cigarrillos son excelentes, ¿no? Hum. Voy a dejar la Grahan-Engine, Steve.

Steve dio un salto, mientras Mel trataba de rectificar.

— Bueno, no exactamente. Quiero decir que voy a tomar unas vacaciones —se había puesto en pie dirigiéndose hacia un ángulo de la estancia—. Unas largas vacaciones…

Le consultó con la mirada.

— Estoy cansado, Steve. Son muchos años de trabajo. Demasiados años. Me encuentro algo agotado. Unos días de reposo me sentarán muy bien. ¿Hum…?

Steve asintió. Se sentía incapaz de hacer otra cosa.

— Veinte años. No, son más de veinte años. Ahora necesito esas vacaciones, Steve. Así lo he hecho saber a los otros jefes de sección. Grahan no se rinde: hundirá a la Robótica. Pero se tomará unas buenas vacaciones. ¿No dices nada?

— No sé…

— Los periodistas inventarán un montón de bobadas —era difícil decir algo a Grahan, al menos completamente—. Estoy viendo los titulares y siento náuseas, Steve. Ya sabes lo que piensan esa clase de tipos acerca de los robots. Aprovecharán esta retirada para inventar alguna sandez y cubrir unas cuantas páginas…

Tomó aliento y se dirigió nuevamente hacia el otro lado del despacho, aplastando sin contemplaciones el tapiz azulado.

— Bueno, creo que terminé. Es decir; aún no. Voy a presentarte a alguien de mi completa confianza, Steve. Walter Duck. Es un buen tipo. Él llevará las riendas de la Grahan-Engine en mi ausencia.

No pidió su opinión mientras oprimía uno de los botones ocultos en su mesa.

Steve no tuvo el tiempo suficiente para reflexionar. Una puerta

lateral dejó pasar a un hombrecillo. Adivinó que se trataba de Walter Duck, aunque el tipo en cuestión era un desconocido para él.

Le costó estrechar la mano y corresponder a su sonrisa pegajosa. Le costó y eso era debido a un hecho insólito. El parecido de aquel hombre con Winocour. Claro que usaba bigote, pero su aspecto congelado, sus arrugas pronunciadas…

Tal vez era Winocour.

Pero no, no lo era. Era Walter Duck. Poco después sabia precipitadamente quién era Walter Duck. Los motivos que le unían a Grahan eran más amistosos que profesionales. Se tuteaban y fumaban la misma marca de cigarrillos.

— He oído hablar de usted, señor Lunch. De veras me siento encantado de conocerle.

Steve dijo algo parecido. Pensaba tratando de saber la clase de experiencia que podía tener aquel hombre en la Grahan-Engine. Debía de ser muy positiva para que Mel le cediese el puesto, aunque fuera temporalmente.

Hubiera querido entender mejor todo aquello.

— Duck es un hombre experimentado, Steve. Espero que existan las mejores relaciones entre ustedes…

Se parecía a. Winocour o Winocour se parecía a él, pero eso era lo menos importante.

—… Ampliaremos los departamentos de Información y Distribución. Éste es un proyecto que me ha confiado Duck. Todo lo que debemos hacer es aumentar el número de los mind-robots. Eso es un hecho indiscutible. Todo el mundo se ha acostumbrado a ellos. Ellos se han acostumbrado a todo el mundo. ¡Hum! Excelente máxima publicitaria. ¿Qué les parece?

Algo no estaba claro para Steve. Ahora, mientras aplaudía las ocurrencias de Grahan, se daba cuenta de que había algo que no estaba claro. Pero sabía que preguntar hubiera sido una falta de tacto.

— La Grahan-Engine tiene grandes proyectos; bueno, siempre ha tenido grandes proyectos. Ahora más que nunca. ¿Quién no conoce el slogan de «Si busca un verdadero amigo, adquiera un robot»?

Grahan soltó una carcajada. Walter Duck y Steve no hicieron sino corearla.

Steve pensaba. Walter Duck. Hum.

¡Diablos!, ¿quién era Walter Duck? Una buena copia de Winocour, que imitaba sus modales aprovechándose del parecido físico.

—… Eso será un resultado feliz para todos. Nuevos ingresos. Nuevos modelos. Nuevos robots. Tengo miles de proyectos. Los maduraré mientras me tomo esas vacaciones. ¿De verdad que «Daisy» es algo bueno, Steve?

— Sí, si sus patas no se quiebran.

— Puede que me interese por los caballos. Bueno, nunca me interesé mucho por esas cosas del mundo. Ahora trataré de reconciliarme con ellas.

Era un chiste. Bueno, para Duck e incomprendido para Steve. Pero ambos sonrieron.

— Steve, eso era lo que quería decirle. Tengo mucha confianza en la buena amistad que unirá a ambos. Sé que cooperarán. Hummm… ¿Tengo algo más que decir?

Steve estrechó de nuevo la mano a Walter Duck. Sintió la misma impresión indefinida que había experimentado la primera vez y abandonó el despacho.

— Buenos días, señor Lunch.

No contestó. No quería hablar con nadie y menos con un robot, máxime si se trataba de un mind-robot VIII.

Lo primero que hizo cuando se encontró fuera de la antesala fue mirar el número del pasillo. El 412. Bien, trataría de recordarlo en lo sucesivo.

No quería volver a extraviarse y coordinó sus ideas para establecer el camino que había recorrido. No tuvo tropiezos y eso debería haberle quitado el malhumor, pero lo cierto es que no fue así.

Se encontraba preocupado.

Se encontraba preocupado cuando empujó la puerta de su sección y sorprendió a Carroll inclinada sobre uno de los teléfonos.

—… No se inquiete. Los robots AB tienen dos años de garantía. ¿Eh? Por supuesto, nosotros nos encargaremos de componérselo… Bueno, sí, lo antes posible. —Dirigió una mirada fugaz a Steve, pero no sorprendió nada concreto en su rostro—. Poseemos buenos mecánicos. Le enviaremos uno con la mayor urgencia…

Colgó.

Steve se dejó caer en su sillón. Trataba de reaccionar de una manera correcta a la noticia que había recibido. Seguía sin ver claro algo que parecía ser evidente.

Grahan había dejado de ser Grahan, al abandonar el puesto.

— Steve, cariño, ¿no vas a decirme nada?

Asintió no muy convencido. Claro que podía decirle algo. Montones de cosas.

— Carroll, ¿vas a creerme si te digo que el viejo se larga?

—¿Eh?

— Lo que oyes, nena. Grahan tira por la ventana treinta años de trabajo y se larga a tomar unas vacaciones.

— ¡Encanto, eso parece imposible! ¿Es un chiste?

— De incomprensible gusto.

Carroll sonreía abiertamente.

— ¡Es toda una noticia! El viejo de vacaciones. Pero ¡si casi parece imposible…!

Steve golpeó con uno de sus puños la mesa.

— ¡Es imposible!

— No te pongas tan serio, Steve, o pensaré que eres demasiado atractivo.

La tomó por los hombros.

— Carroll, tú conoces al viejo. ¿Le oíste alguna vez interesarse por los caballos del hipódromo?

— No…

— Bien, tú sabes cómo es él. Nunca ha tomado unas vacaciones. Para él representaba tiempo perdido. Siempre encerrado en su despacho, siempre haciendo números, haciendo proyectos, haciendo mil cosas a la vez.

Por un momento permanecieron callados.

— Un hombre no cambia así como así, Carroll. Y menos el viejo gruñón. ¡Maldición, y eso no es todo!

— ¿Hay algo más?

La soltó.

—Sí.

— ¿Qué es?

— Un tal Walter Duck —Steve suspiró—. ¿Te es familiar el nombre?

— En absoluto.

— A mí me ocurre otro tanto. ¿Quién es ese tipo? No lo sé. Desde luego no ha trabajado en la Clasyus ni en la Grahan; no, al menos hasta ahora.

— ¿Eso te preocupa?

— ¡Claro que sí! —Steve se sorprendió al verse tan excitado pero era obvio que lo estaba—. Cualquier hombre que no tenga cerebro de robot se sentiría preocupado. Carroll, ningún tipo desconocido está preparado para ponerse a la altura de Grahan y llevar las riendas de su imperio.

— ¿Imperio? Oh, Steve, has estado fascinante.

— Deja ya de tomarlo a broma.

Ella carraspeó.

— Bien, déjame analizar el asunto unos momentos. Grahan se toma unas vacaciones. Bueno, después de todo, eso no resulta tan incongruente. Un hombre puede sentirse cansado.

— ¡Él no es un hombre como los demás! Estaría agonizando y seguiría estudiando los albaranes de contabilidad. Nena, ¿no te dice nada eso?

— Bueno, supongo que tienes razón. Pero estás excitado y eso te hace olvidar que Grahan, en el fondo, es tan humano como cualquiera. De modo que la historia resulta posible.

Steve se sintió desalentado, pero aprovechó la pausa para tragar saliva y apoyarse en otro argumento.

— De acuerdo. Todavía no te he dicho que ese tal… Walter Duck es el hermano gemelo de Stanley Winocour.

Le respondió una risa explosiva.

— Oh, cariño, ahora entiendo. Tu antipatía hacia Winocour se convierte en un problema personal con ese nuevo director de la Grahan-Engine. Pero no puedes pensar que Walter Duck es un inexperimentado por el hecho de que se parezca a Winocour.

— Es un inexperimentado —dijo con voz profunda—. Sé que es un inexperimentado. Cualquier tipo necesitaría de estudio para llegar a comprender los mínimos manejos de la Grahan-Engine…

— ¿Entonces qué supones?

Iba a lanzar una grosería, pero se detuvo.

— ¡No supongo nada! Pero hay algo turbio en todo ello. Grahan hablándome de caballos. ¡Maldita sea si puedo entenderlo!

Carroll se alejó hacia su mesa. Uno de los teléfonos acababa de

repiquetear. Steve admiró un momento sus caderas que se contoneaban alejándose. Pero estaba demasiado preocupado para prestarles la debida atención.

—… Departamento de Información de la Grahan-Engine. ¿Sí…?

¿Quién era Walter Duck después de todo? ¿Un amigo? ¿Un amigo de Grahan? ¡Imposible! Grahan nunca había tenido amigos, al menos que él supiera. Todo le empujaba a pensar que Duck era un farsante y Grahan otro farsante al que nunca había conocido bien.

¿Vacaciones?

—…Un momento. Veré si puedo localizarle.

¡Vacaciones! ¿Había algo más chistoso en los labios del viejo?

— ¿Steve…?

— ¿Qué hay, Carroll?

— Es Josella.

Reprimió una maldición.

— No estoy. Da cualquier pretexto, nena, pero no estoy.

No. Grahan nunca actuaría así. Pero ¿qué demonios quería Josella en aquel momento?

— Llame más tarde, por favor. El señor Lunch asiste a una conferencia.

Josella. Hum. Bueno, al fin y al cabo era su mujer.

III

Era su mujer desde hacía doce años.

Sólo que doce años antes la había amado y ahora ni siquiera podía conformarse con las cenizas de aquel amor. Steve achacaba todo el mal a su precipitación.

Ninguno de los dos lo había pensado demasiado bien. Ninguno de los dos y ahora soportaban las consecuencias.

Eso era lo que había pensado Steve y lo que pensaba ahora, mientras se dirigía por la avenida subterránea 16 hacia su casa, en Wall Street.

Desde luego había algo que le separaba precipitadamente de Josella. El hecho de que perteneciera a aquella absurda Sociedad Protectora de Animales. Cuando ella se dio cuenta de que era incapaz de tener un niño, desestimó la idea de adoptarlo, dedicando su tiempo a la Help Animals, y a otras instituciones parecidas, de modo que Steve acabó comprendiendo que él pintaba poco menos que nada en su propia casa.

Bueno, eso no había sido todo.

— No corra tanto, señor. Amortigüe la velocidad. Peligro.

Steve lanzó una maldición contra el robot controlador de velocidad. Afortunadamente sabía cómo hacerle callar. Eso le costó sólo unos segundos.

Sí, había otra cosa entre Josella y él.

Pero de nada servía recordarlas. Josella había dejado de ser lo que fue un momento en la vida. Uno de los dos sobraba en la casa. El problema estribaba en saber quién era y quién debía marcharse.

Conocía el panorama.

De nada le hubiera servido insistir gritando para que Josella cambiara de parecer. Ella nunca cambiaría. Ella seguía saliendo a la calle para pasear a su perro de aguas. Él seguía echando pestes contra el perro de aguas, o, en el mejor de los casos, trataría de olvidar su existencia.

Se dirigió hacia la rampa que le llevaría a la superficie en cinco minutos. Afortunadamente, aquellas avenidas subterráneas habían descongestionado el problema del tránsito en la mayoría de las ciudades modernas.

Las mil luces de la noche le hirieron los ojos. Aminoró la velocidad y se pegó a su derecha. New York ardía como cada noche. Steve escuchó una carcajada y recordó que faltaba poco para Navidad. Poco, y luego tendría un año más.

Cuando aparcó el coche atrapó con rapidez todas las revistas y periódicos que había adquirido. Allí había algo que le importaba realmente. No eran los caballos. Ni el próximo partido de beisbol.

Era Winocour.

En el ascensor le saludó una ola de calor. Steve esperó impacientemente que subiera los cuatro pisos. Deseaba calzar sus zapatillas de esparto, suprimir la corbata y reclinarse sobre uno de los sillones del living. Entonces se ocuparía de Winocour.

Hizo dar dos vueltas a la llave y se encontró en el hall encarnado. Lo aborrecía. Había sido una de las tristes ideas de Josella. Pero él no había dicho nada. Hacía mucho tiempo que no decía nada.

Felizmente el perro de aguas no vino a darle las buenas noches. Steve sabía que el animal tenía motivos para no hacerlo. Había bastado un golpe para hacerle comprender que él no pertenecía a la Help Animals.

Josella estaba en el salón.

Cualquiera que no la hubiera conocido se hubiera sentido halagado con aquella mujer de bucles dorados, labios sensuales y rasgos egipcios. Cualquiera menos el propio Steve.

— Hola —dijo él fríamente.

Ella se volvió, quizá para saludarle, quizá para enseñarle los pantalones oscuros que se cerraban con avaricia sobre sus caderas. Estiró perezosamente la cabeza hacia atrás.

— Steve, no te oí entrar.

Lunch avanzó un par de pasos, la besó heladamente en una de las mejillas y descubrió los ojos atemorizados del perro bajo el canapé. Más allá estaba la pecera exótica con los peces exóticos y Steve escuchaba con claridad los piídos que lanzaban los pájaros sobre su cabeza.

— ¿Algo nuevo?

A Josella le gustaban los pájaros. Afirmaba que eran distintos a los otros animales.

— Nada. ¿Qué iba a haber?

No preguntó lo que había para cenar. Conocía la existencia de las latas. Josella era incapaz de preparar algo. Sus manos le habían servido de poco en la vida.

Luego se instaló cómodamente y olvidó sus zapatos en alguna parte. Escuchaba con claridad el ruido que hacía el robot de servicio. Gracias a aquella adquisición, había conocido la ineptitud de Josella.

¿Le interesaba algo aparte de la condenada Help Animals? Movió la cabeza negativamente aceptando la idea de que ella nunca dejaría de ser una zoólatra.

Ojeó el primer periódico hasta localizar a Stanley Winocour y los otros dos candidatos. Olvidó la existencia de Simons y Bamett. El hombrecillo era más interesante, especialmente desde que había descubierto el parecido inequívoco con Walter Duck.

Un gran rótulo anunciaba la inclinación de Winocour por la Ley del Desarme. ¿Ley del Desarme? Steve frunció el ceño, incrédulo. Realmente no era nada nuevo. Simons y Barnett también la aceptaban.

Pero el problema seguía siendo el mismo. La Ley del Desarme era algo que suponía una comunión de ideas entre rusos y americanos. Todo el mundo la aceptaba, todo el mundo decía que sí, pero no dejaba de ser más que una especulación.

Winocour hablaba del progreso de Estados Unidos. Bueno, todos los presidentes anteriores habían hecho más o menos algo parecido. El progreso. Desde luego que sí.

Cuando ambos se sentaron a la mesa, Steve estaba interesado por el discurso sobre la paz de Winocour. Había veinte líneas sobre la democracia, pero era algo tan cacareado que prescindió de ello.

Abrió descuidadamente una de las conservas y volvió a leer con avidez. Quería saber más sobre Winocour. Quería conocer todos sus proyectos, su vida, sus amistades en el Congreso…

— ¿Steve? ¿No puedes dejar de leer?

Rezongó algo y levantó la mirada.

— ¿Qué quieres?

— Steve, olvidé decírtelo, mañana tenemos una reunión con la Junta. ¿Te importa?

Doce años discutiendo. ¿De qué le iba a servir ahora comenzar una nueva disputa?

— Claro que no —trató de ser amable—. Claro que no —repitió y se hundió de nuevo en la lectura.

Los orígenes de Stanley Winocour eran confusos. Ningún periódico acertaba a explicar su vida de una manera concluyente. A Steve no le satisfacían aquellas noticias.

Winocour era de Arkansas. En eso coincidían todos los periódicos, pero ninguno explicaba correctamente de qué manera llegó al Congreso. Todos aplaudían sus oratorios. Bien, eso no le bastaba.

— ¿Steve?

— ¿Hum…?

— Hoy te llamé.

— Hum. Lo sé. Sostenía una conferencia.

El perro de aguas lanzó un gemido. Estaba claro que se encontraba molesto con la presencia del hombre. Steve le ametralló con los ojos unos instantes.

Después arrugó la nariz. Josella acababa de encender un cigarrillo amentolado y si algo le sacaba de quicio era un cigarrillo amentolado. Trató de olvidarse de ello con la perorata que Winocour anunciaba para el próximo sábado.

Sería la última carta de Winocour. Había jugado tres ases. Uno más y alcanzaría el título de Presidente.

Y a juzgar por los periódicos, tenía buenos motivos para lanzar otro as.

— ¡Cielos!

Vio cómo Josella abandonaba la mesa. Imaginó para qué era. Alguno de sus animalitos debía de estar muriéndose de hambre, pensó con una mueca de disgusto.

— Steve, ¿tomarás café? —gritó ella desde la cocina.

— Luego —anunció él y se encontró pensando, sin saber cómo, en una muchacha de pestañas sintéticas.

Josella volvió pálida. Podía estar enjuagándose la boca, pero realmente acababa de devorar sus pastillas nocturnas. Eso era algo que desde hacía tiempo constituía un hábito. Pastillas diarias. Pastillas nocturnas. Pero nunca le daría la alegría de morirse. La medicina conocía mil maneras de salvarle la vida.

Al fin y al cabo no era más que una mujer débil. Las raciones que ingería podía haberlas tragado cualquiera de los canarios

amarillos que coleccionaba.

— Steve, ¿no quieres saber lo que me ha dicho John?

¡Aquel imbécil de psiquíatra!

— ¿Qué…?

— Steve, vamos, qué poco parece interesarte la opinión de un camarada.

¡Al diablo con John! Había sido suficiente amigo suyo como para saber que lo mejor era no seguir soportándole. Estaba ganando su clientela a base de mujeres histéricas, como Josella.

— ¿Qué…?

— Steve, John me ha hablado con su franqueza habitual. Tengo los nervios deshechos. Necesito tomarme unas vacaciones; ahora, en Navidad.

¡Maldita sea, Grahan! ¡Tú no abandonarías nunca la Grahan-Engine aunque se te escaparan los intestinos por la boca! Te conozco, condenado viejo gruñón. Siempre receloso. Siempre espiando los menores movimientos de la empresa. ¡Vacaciones es una palabra maldita para ti!

— Steve, ¿no me has oído?

— Claro que sí.

—¿Y…?

— Es una idea excelente —anunció con desgana.

Ella había vuelto a tomar su puesto en la mesa. Su tono de voz había bajado considerablemente.

— Imagino que es inútil preguntarte si vas a ocuparte de ellos.

¡Ellos! Steve echó una maldita mirada hacia el perro y los pájaros de colores.

— Josella, sabes que no tengo tiempo.

— ¡Siempre dices lo mismo!

— No tengo otros argumentos —dijo él con dureza—. La Grahan-Engine ocupa todo mi tiempo.

Volvió a hundirse en el periódico. Se sentía disgustado por aquella conversación y sabía que, si Josella iba a tomar unas vacaciones, tomaría con ellos todas las precauciones, confiándoselos a la Help Animals.

— Está bien —dijo ella y Steve pensó que iba a marcharse a su dormitorio, dejándole de una vez con las argumentaciones de los periódicos.

Cuando estuvo solo, lanzó un suspiro.

Inmediatamente después concentró todo su interés en el American & You. Pero no obtuvo nada positivo respecto a Winocour. Los temas eran los mismos. Winocour llevaba más de una cabeza sobre Bamett.

Rió interiormente el chiste y aquello le hizo pensar el interés desusado que Grahan había mostrado por una yegua. Había algo que no estaba claro; algo que no funcionaba correctamente en la Grahan-Engine.

Walter Duck podía ser el motivo.

¿Qué papel tenía aquel payaso después de todo? Se necesitaba algo más que un montón de modales y un parecido con Stanley para ponerse al timón de la empresa.

¿Qué había de los antecedentes del tal Duck? De momento no sabía nada. Permanecían tan oscuros como los del propio Winocour. Y sin embargo ambos estaban a punto de llegar a un puesto elevado.

Casualidad.

Pero ¿y si la casualidad no existía? Steve renunció al argumento. Resultaba muy comprometido, demasiado fantasioso y poco convincente. Pero él sabía que había algo más sobre Walter Duck que ignoraba.

¿Qué?

Se sorprendió mordiéndose uno de los puños. En el silencio que reinaba en la casa escuchó con toda claridad la cremallera del pantalón de Josella que se deslizaba seguramente hacia abajo.

Le dolía la cabeza. Pensó tomar un calmante pero resultaba un problema encontrarlo. Podía preguntar a Josella. No. Ella tampoco lo sabría. Bueno, dormiría. Aquello acabaría por calmarle los nervios y al día siguiente vería las cosas más claras. Se irguió perezosamente cuando la voz de Josella llegó desde su cuarto.

— Steve, ¿por qué no apagas la luz y vienes a darme las buenas noches?

Torció el gesto. Recordó el cigarrillo amentolado y el sabor amentolado que tendrían los labios de Josella y torció el gesto.

Un momento después había cambiado radicalmente de opinión.

Después de todo, Josella había sido diez años antes el sueño de una noche de verano. Eso fue cuando él preparaba las oposiciones

para entrar como jefe en un importante departamento de la Grahan-Engine. En aquel entonces Josella era la mitad del mundo para él.

— ¿Steve?

Apagó la luz.

En la prematura oscuridad brillaban los ojos de los canarios de colores y el perro de aguas se movió bruscamente sobre el canapé.

Steve se dirigió lentamente hacia el dormitorio de Josella.

El «American and You», caído negligentemente sobre el suelo, mostraba el rostro desagradable y cautivador de Stanley Winocour.

Luego se apagó la otra luz.

* * *

— ¿Cryon?

— No —Steve reconoció la voz dulzona de su secretaria. Peggy. Tenía veintidós años y era bonita; buenos antecedentes para que Cryon Tamblyn la tuviera encerrada en su sección—. No, señor Lunch. Soy Peggy. ¿Me reconoce?

— ¡Sí, maldita sea! —trató de adoptar un tono más adecuado—. ¿Se ha muerto Cryon?

— Creo que no —la chica se rió—. Un momento…

Fue un momento largo.

Steve miró con enfado el interfono. Adivinó los ojos burlones de Carroll tras él y se dio la vuelta.

— Bueno, no me mires así o acabaré pensando que soy un tipo de la Robótica.

— Cariño —¿por qué estaba siempre Carroll de buen humor?—, sé que no eres de la Robótica. Pero, desde ayer, me tienes preocupada. Nunca te había visto tan exaltado.

No pudo saber si Steve iba a contestar con una impertinencia o una explicación correcta, porque en aquel momento, alguien gritó algo seco en el interfono.

— ¿Cryon?

— ¡Steve!

—Sí, soy yo, pero ¿qué demonios pasa ahí? ¿No podéis parar las máquinas?

Escuchó una risotada salvaje.

— ¡Si sigues aullando así, no hará falta?

— De acuerdo.

Hubo un silencio corto. Cryon demostró su impaciencia con un rugido característico:

— ¡Condenación, ¿estás ahí, Steve?

— Sí —Lunch envió una mirada de auxilio a Carroll, pero la mirada tropezó con la broma que brillaba en los ojos de la mujer.

Surgió otro silencio, pero ahora Steve no dio tiempo a Cryon para que reaccionara como una pantera.

— Es algo sobre Walter Duck —soltó.

— ¡Habla más alto, diablos!

— ¡Es algo sobre Walter Duck, el nuevo director temporal de la Engine!

— ¡Bien, ya oí eso! ¿Hay algo más?

— ¿Estás al corriente?

— ¡Claro! ¿Quién no lo sabe?

— Bueno, ¿eso es todo lo que tienes que decir?

Le pareció ver el corpachón de Cryon, mientras se cruzaba de brazos.

— ¿Qué quieres que diga, Steve?

Steve pareció desalentado.

— ¡Algo más concluyente! —le había tocado el turno de mostrarse nervioso—. ¿No te parece extraño que el viejo se largue de vacaciones?

Tamblyn tardó en decir algo. Steve soportó el ruido de las máquinas que perforaban sus oídos.

— ¡Algo más concluyente! —rezongó Cryon—. Bien, te diré algo más convincente. Apostaré cinco de los grandes por «Daisy». ¿Qué me dices a eso?

Steve soportó la carcajada.

Iba a decir algo más, pero prefirió callarse. Se limitaría a recordar la actitud de Cryon en el futuro.

Le bastaba saber que no se había formado ningún juicio.

Abandonó el interfono.

Supo que Carroll se sentía divertida con sus indagaciones. Habían sido cuatro llamadas telefónicas. Y aún faltaba otra Watkius, Herbert, Alexandre, Cryon… Habían sido cuatro fracasos. Pero James Gonner era un hombre serio para él. Era algo más que un hombre; era un intelectual y alguna vez se habían atacado

amigablemente, de forma que eso demostraba la confianza que podía tener en él.

No quiso desafiar la mirada de ella, cuando anunció:

— ¿Quieres comunicarme con Gonner?

Aunque eso él no lo supo nunca, ella parpadeó con un brillo divertido en sus pupilas. Aquello representaba un juego nuevo. Algo distinto de la Liga de Emancipación Femenina o de los comedores locales de la Engine-Grahan, donde se reunían cientos de empleados para devorar unos bocadillos antes del tumo de la tarde.

Luego…

— Steve, Gonner…

En aquel momento, Lunch había lanzado una mirada aburrida hacia su mesa de trabajo. Nunca se había comportado de un modo tan poco acertado hasta entonces. Nunca había hecho tan poco caso a los robots de la Grahan-Engine.

Fulminó a Carroll de un vistazo y tomó el interfono que ella le tendía.

— ¿James…?

James se ocupaba del Departamento de Propaganda. Preparaba miles de folletos y Steve se había sentido en otro momento muy curioso respecto a su trabajo.

— Hola, ¿quién es?

— Steve.

Alguien sonrió al otro lado del interfono. Por supuesto era James.

— ¡Steve, viejo oso! ¡Hola!

Lunch se sentía decepcionado por el poco éxito de las precedentes llamadas. Ahora actuaba con sigilo. No le hubiera gustado que James se riera ante sus propias narices.

— ¿Puedo hablar contigo?

— ¡Claro!

Bueno, eran las diez y James Gonner estaba de excelente humor. Eso siempre representaba algo.

— Es acerca de Grahan y de Walter Duck.

— Sí, conozco el cambio. ¿No te es simpático nuestro nuevo director?

Iba a decir que no, pero antes se preguntó si valía la pena.

— James, prefiero hablarte personalmente de este asunto. Es

importante para mí. Necesario, si la palabra resulta más elocuente. ¿Conoces el pasillo 422?

— No, pero puedo encontrarlo si me lo propongo —James rió.

— Bien. Hay un bar al fondo. Podemos tomar algo. ¿Qué tal dentro de quince minutos?

Al otro lado del hilo, James replicó:

— Mejor veinticinco. ¿De acuerdo?

— De acuerdo.

Colgó y se volvió hacia Carroll con una sonrisa triunfante.

— Al fin encontré a alguien con el suficiente sentido común como para interesarse en ello, cariño.

— No quisiera decepcionarte, Steve, pero tengo la impresión de que no sabes lo que buscas.

Steve se dejó caer en su sillón, recorrió con la mirada la silueta de Carroll y terminó hundiendo los ojos en el techo. Había reflexionado mucho la noche anterior y ahora las ojeras hinchaban sus ojos. Había tenido una pesadilla. El protagonista había sido un hombrecillo llamado Winocour que a veces encarnaba la personalidad de un tal Walter Duck.

Aquella mañana, al levantarse, pensó que la pesadilla no era tan incoherente como él había supuesto en un principio.

Pero necesitaba que alguien le escuchara y le dijera que no estaba loco. Al menos, por el momento.

IV

El mind-robot II parpadeó. O hizo algo parecido. Como todos los mind-robots era de forma proto-humana. Pero todo el mundo sabía que sus ojos no eran más que dos células fotoeléctricas y la creencia de que guiñaba el ojo a las chicas era un mal chiste.

El mind-robot II parpadeó. Steve adivinó lo que iba a decirle una décima de segundo antes de escuchar la respuesta.

— No puedo servirle whisky a esta hora, señor.

Lunch aguantó la impertinencia recordando vagamente los Estatutos de Grahan. Siempre había tenido una idea inexacta de ellos. En algún momento los había conocido perfectamente, pero ahora no podía recordarlos.

Bien, de nada le iba a servir discutir con una máquina. Eso era un concepto bien claro. Se arrellenó mejor sobre el taburete y envió una mirada a lo largo del pasillo 422.

— ¿Quiere una limonada? —inquirió amablemente el robot.

¡No quería una limonada! ¡Maldición! todo lo que deseaba era meter en su esófago algo fuerte. Pero de nada le iba a servir aullar contra los Estatutos de Grahan ni contra el mind-robot II de Grahan. Después de todo aquel «mecano» no servía sino para servir limonadas.

Gonner tardaba.

Steve arrugó el ceño y se preguntó qué aspecto debía tener. El mal humor y las ojeras contribuían a deprimirle. Pensó en Gonner. Ojalá Gonner pudiera entenderle.

Acabó aceptando la limonada. Ingirió una parte de ella. Estaba horrible. Horrible. Hubiera despotricado algo desagradable acerca de Mel Grahan y todo su personal cuando escuchó las pisadas cerca de él.

No era un robot.

Era James. Por un motivo u otro tenía cierto aspecto con un mind-robot. Andaba demasiado erguido. Su rostro blanquecino resultaba inadecuado, incluso para un intelectual. Usaba lentes y eso, pensó Steve, le envejecía considerablemente.

— ¡Viejo oso! —saludó—. ¿Cómo van las cosas en Información?

Steve hizo una mueca mientras apretaba la mano de escayola de

James. Hum. Seguramente Gonner no había leído ningún prospecto de la Air and Woods acerca del oxígeno de los campos.

— Hola, James.

— ¡Viejo oso! ¡Otra limonada, Pat!

Bueno, Pat podía ser cualquier cosa, incluso el camarero metálico.

James se sirvió la limonada, envió parte de ella a su estómago y buscó una sonrisa para decir:

— Dispongo de veinte minutos. Estoy muy ocupado, Steve. Realmente ocupado. Grahan siempre ha sido muy duro con los de Propaganda. Folletos, folletos, folletos… Bueno, ya sabes lo que es eso. No podemos permanecer estáticos; todo va demasiado aprisa.

Tomó aliento, suspiró e indagó seguidamente:

— ¿Qué quieres?

Steve tragó saliva.

— Es algo referente al nuevo cambio de director —dijo con voz grave.

— Bien…

Lunch se enjugó los labios con la limonada.

—No sé exactamente qué pasa.

Gonner hizo una mueca.

— No entiendo eso. No sé qué puede pasar. Me comunicaron el cambio. Hablé con Grahan. Hablé con ese Walter Duck. Vaya, eso es todo. Me pidieron más colaboración, más folletos. Tomé nuevo personal y no he parado. Hemos enviado a la basura miles de ideas; enviaremos mil más. Oh, realmente estoy atareado.

Steve se encontraba decepcionado, pero no quiso que James se apercibiera.

— ¿Quién es Walter Duck, James?

— ¿Duck?

—Sí. Desde luego no es un robot. Al menos no actúa como ellos. Ningún robot, ni siquiera un mind-robot VIII habría llegado donde él— lanzó con amargura.

Gonner frunció el ceño.

— ¿Resentido? Lo siento. No debí decir eso. No me he explicado bien. Si lo que quieres es conocer los antecedentes de Walter Duck, te diré que los ignoro. No sé quién puede ser. Pero Grahan ya lanzó su dictamen.

Steve explotó:

— ¡Grahan! ¡Grahan! La última vez que le vi me dijo algo referente a una yegua. Bueno, dime, ¿crees que actuaría así? Además, hay otra cosa: El viejo gruñón no tomaría nunca unas vacaciones, James. Tú sabes que no las tomaría.

Gonner permaneció pensativo. Tal vez reflexionaba. Tal vez investigaba el color glacuo de la limonada.

— ¿Quieres explicarte mejor? —preguntó sin levantar los ojos.

— De acuerdo. Hablaré como un loco; luego me dirás si realmente lo estoy. Pienso que Grahan no abandonaría nunca la empresa. Pienso que no permitiría a un tipo de misterioso origen meter las narices en un asunto exclusivamente suyo. James, hay algo extraño en todo esto…

Gonner le miró fijamente.

— Es posible.

Steve adivinó que lo había dicho sin convicción. Supuso que sería inútil seguir hablando.

Gonner se aclaró la voz:

— No sé qué decir realmente, Steve. Opino que lo mejor es no inquietarse. Grahan es un tipo raro. Actúa como un hombre. Actúa como un robot. Bueno, supón que por una vez ha actuado como una máquina. No se le puede echar en cara… —entrecerró los ojos—. Bien, todos trabajamos mucho últimamente. Eso es lo que pasa. Trabajamos demasiado…

Lo que acababa de decir no resultaba convincente y lo sabía. Trató de enmendarlo dando una palmada sobre la espalda de Steve.

— ¡Viejo oso! Apostaría la paga de una semana a que tus temores son infundados. ¿Quién podría coaccionar a Grahan? No veo ninguna respuesta clara. Yo hablé con él personalmente. No observé nada de particular. Me pidió los nuevos folletos de propaganda. Bueno, eso era lo más natural proviniendo de él. Creo que me gritó. Eso forma parte de su idiosincrasia. Me explicó una nueva reforma de la Grahan, preguntándome mi opinión —rió—. Me mostré de acuerdo. ¡Ejem…! ¿Ves algo sorprendente en eso?

Steve le había escuchado vagamente.

— No —dijo.

— Steve, pareces abatido. Tienes ojeras y tu aspecto no es muy presentable. Cálmate. Conozco un buen psiquíatra. Es un buen

amigo mío. Te gustará hablar con él. ¿Quieres su teléfono?

No dijo nada cuando James introdujo una cartulina dentellada en el bolsillo pectoral de su americana. Solamente asintió. No iba a buscar más recursos. James habló diez minutos más, aunque apenas le escuchó.

Pero, cuando James Gonner se alejaba por el pasillo, luego de haberle saludado efusivamente, Steve pensó que el sentido común era el menos común de los sentidos.

En aquel momento la idea de que James Gonner parecía un robot antropomorfo se afianzó con más soltura en su mente. Desde luego. Podía haber sido un hombre, pero ya no lo era. No lo era ya.

Tenía motivos para enviar todo al diablo. Durante unos minutos pensó que debería obrar así. Una vez descartado James, ¿quién quedaba? Sí, lo mejor era enviarlo todo al diablo.

Claro que no lo envió al diablo. Los síntomas eran desalentadores, pero los superaría. Pagó la consumición a la máquina y se dirigió precipitadamente hacia su sección.

No ignoraba que una montaña de trabajo le esperaba sobre la mesa. La ignoraría momentáneamente. Tenía una nueva idea en la cabeza y la sentía condensarse.

Carroll Mills le vio entrar atropelladamente y todo lo que hizo fue arrugar los labios. Pero siempre acababa sonriéndole. Steve se calmó, aunque sabía que ella acababa de saber el poco éxito que había tenido Con Gonner.

— ¿Quieres conseguirme una comunicación con Grahan? —argüyó.

— ¿Grahan…? —Ella se calló cuando él la miró con fijeza. Tomó el interfono y marcó el número.

Steve atrapó un cigarrillo. Lo mordió. Después le aplicó el mechero, ahogando sus plumones con el humo. No era fácil hablar con Grahan, lo sabía. Siempre estaba ocupado. Asediado por hombres y máquinas; por hombres y cuentas, por compañías, instituciones… Bueno, la lista podría prolongarse.

—¡Steve!

Carroll le sonreía.

— ¿El viejo?

— No. Duck.

Se sintió molesto al oír en los labios de ella el apellido de Walter

como si fuera algo familiar. Además, el hecho de tener que comunicarse con aquel sujeto le decepcionaba.

Tomó el interfono y abandonó el cigarrillo.

— ¿Sí…? —dijo una voz, dos plantas más arriba.

— Soy Steve. Información. ¿Puedo hablar con el señor Grahan?

— ¡Steve! ¡Cuánto me agrada oírle! ¿Me reconoce? Soy Walter. Llámeme Walter. ¿Qué puedo hacer por usted?

— Quiero hablar con Grahan. Personalmente —ajustó con rudeza. Le importaba muy poco lo que pudiera pensar Duck respecto a sus modales.

Escuchó una risa fácil. Luego supo que era una disculpa.

— ¿Grahan? Bueno, lo siento. Ya tomó sus vacaciones, Steve, Creo que se lo dije. ¿Puedo ayudarle en algo?

Steve se mordió los labios.

— ¿Dónde fue?

— No puedo decírselo. Esto… consiste en un secreto. Ya sabe como es él. No soporta a los periodistas. Nunca me perdonaría si lo comunicara a alguien. La gente habla, habla, habla… ¿De veras no puedo ayudarle yo? Estoy al corriente de todos los movimientos de la Grahan. Steve, sabe que deseo ayudarle.

Lunch no lanzó ningún rugido. Hubiera quedado inelegante.

— No, no podría ayudarme —replicó secamente—. De veras que no.

No supo si Duck le dijo algo más porque colgó.

— ¿Qué hay, Steve?

— Grahan se ha marchado ya.

— ¿Tan pronto?

— Sí. Y supongo que nadie podrá atestiguarlo. Ningún robot controlador del personal se habrá fijado en él. O en aquel momento permanecían inactivos. O Grahan utilizó una salida secreta. O…

Carroll se estaba divirtiendo interiormente. Gozaba. Sus ojos le decían a Steve que gozaba con aquellas indagaciones.

—¿O…?

Steve levantó la mirada. Perforaba el techo. No veía el techo. Su mentón permanecía cuadrado y endurecido.

— O no ha salido todavía, Carroll. O no ha salido todavía.

—¡Steve!

— Sí —él no la miraba. Perforaba el techo. Pensaba que de un

momento a otro le aplastaría—. Algo me dice que Grahan sigue ahí arriba, Carroll. Ahora llámame loco. Aconséjame un psiquíatra. Dame un calmante.

Ahora, ella había abandonado su sonrisa en alguna parte.

Se aproximó a él.

— No voy a hacer nada de eso, cariño. Quisiera encontrar algún modo de ayudarte, pero todo eso resulta tan confuso. Lo cierto es que no me muestro sorprendida. Tal vez debería estarlo, ¿verdad? Pero no lo estoy. No veo ningún motivo plausible.

Steve aspiró el aroma de la colonia oxigenada que despedía el cuerpo de la mujer. No habían motivos plausibles. Todo eran conjeturas. Premoniciones. Falsas sensaciones mentales. Eso no podía satisfacer a nadie, al menos como una justificación de su actitud.

Abandonó la tarea de estudiar el techo azulado. Dos años de psicología como aficionado le habían enseñado a conocer las personas. Por eso sabía que Grahan no actuaría así. Antes de marcharse de la empresa le hubiera estrechado la mano o le hubiera llamado inepto. Todo salvo desaparecer hacía un lugar inesperado.

No.

Lo rechazaba aunque toda la Grahan-Engine cerrara los ojos y actuaran como máquinas. Después de todo adoptaban una postura mimética: Fabricaban robots y adquirían la mentalidad de una máquina.

Una serpiente se enroscó en su cuello. Era una serpiente agradable. El brazo oxigenado de Carroll. ¡Carroll! Cuánto había significado en los últimos años.

— Steve —empezó con voz mimosa—, Steve, ¿no vas a invitarme esta noche?

No lo iba a hacer, aunque conocía aquella perspectiva. Carroll sabía mostrarse encantadora dentro y fuera de Grahan-Engine. Todo empezaría con una botella de algo que removiese la sangre y terminaría en un oscuro «nigth-club».

Pero se sentía demasiado agitado para eso y los labios de ella no iban a ser el calmante. No, antes de que supiese qué clase de tornillo no entraba en la tuerca de la Grahan. No antes de que supiese en qué cubículo se escondía Grahan.

Porque algo iba mal.

Suspiró, apartó parsimoniosamente el brazo de Carroll y pensó que se iba a perder una velada prometedora.

* * *

Walter Duck resultó ingeniosamente hábil para sortear sus preguntas. Primero el mind-robot VIII le hizo aguardar media hora. Media hora en la que se sintió irritado hasta que el nuevo director de la Grahan-Engine le concedió audiencia.

Se mostró díscolo, pero no sirvió. Duck puso en actuación todas sus dotes y una sonrisa de oreja a oreja. No parecía sentirse ofendido por la brusquedad con que le había contestado por el interfono, ni siquiera por el corte. Al contrario, desbordaba afabilidad. Steve no tuvo la ocasión de hacerle fruncir el ceño o mostrarse inquieto.

Cuando abandonó su despacho, sus sospechas seguían tan infundadas como al comienzo. O sea cero.

De momento debía calmar su estómago. Tenía por delante dos horas antes del tumo de la tarde y no podía seguir desoyendo el grito infame de un estómago acostumbrado a comidas regulares.

Frecuentemente abandonaba el edificio en busca de uno de los restaurantes vecinales. Pero aquella tarde decidió aprovechar los precios económicos de los comedores locales. Había dieciocho y todos resultaban muy pintorescos, al menos eso era lo que opinaban los periodistas.

Iría a uno de ellos y devoraría dos bocadillos. Y una lata de cerveza. No tenía nada mejor que hacer, de modo que acudió a uno de los ascensores y soportó las risas de las chicas y los comentarios jocosos sobre el futuro partido de béisbol. Prometía ser algo de calidad.

Los comedores locales de la Grahan-Engine formaban los sótanos de la empresa y no podían presumir de estar bien aireados. Eso era algo que había machacado incansablemente la Air and Woods. Pero ni Grahan ni los sindicatos habían prestado mucha atención a las crónicas.

No se encontraba muy sociable y devolvió los empujones que recibía. Eso era lo que le molestaba principalmente de los comedores locales. Había demasiada gente y eso le aturdía.

Esquivó un laberinto de mesas para acercarse a una de las barras. Un tipo se colocó junto a él y empezó a dar gritos al mind-robot II. En unos segundos tuvo lo que pedía. Steve adoptó su técnica y se encontró gritando como un furibundo.

Había demasiado ruido allí dentro. Las mesas, las sillas, los hombres y los robots aullaban todos a un tiempo. Lunch sé hallaba tan excitado como los demás. Pero su categoría tenía allí muy poco valor. Decidió ir a otra parte.

Antes de eso envió una mirada asesina al mind-robot II y al tipo gruñón que ahora consumía un bocadillo de cualquier ingrediente carnal.

Entonces tropezó.

Algo parecido a un platillo volante maniobró en el aire con visible dificultad y aterrizó. No era un platillo volante, sino un bocadillo de jamón. Y había quedado de tal modo que resultaba impracticable componerlo.

Iba a decir: «¡Maldición! ¿Qué malditos modales le enseñaron?». Iba a decirlo, pero lo olvidó en cuanto descubrió la fuerza opuesta con la que había colisionado. Era la chica de pestañas sintéticas y rostro ovalado que había descubierto en el ascensor XII.

— Vaya, lo siento… —soltó, mientras aprobaba interiormente aquella coincidencia.

Era una chica joven y sus pestañas no eran en absoluto postizas. Su pelo negro iba recogido en un moño y su número era el 5.885. Resultaba fácil de memorizar, aunque Steve se dedicó a otra actividad. Investigaba su reacción.

— ¿Eso es todo lo que sabe decir?

Había sonreído y Steve aprovechó aquella sonrisa.

— Creo que le estropeé el almuerzo —se disculpó.

Ella lanzó una mirada melancólica hacia el bocadillo.

— Sí, y me costó quince minutos obtenerlo. Pero ya se disculpó. Olvídelo.

— Pienso hacer algo más que disculparme —protestó Steve—. Le obtendré otro bocadillo. Oh, no diga nada. Me siento culpable. He sido un torpe…

— Bueno, realmente, yo iba pensando y…

— Admito que también fue culpa suya —rió Steve—. ¿Qué tal si hacemos las paces comiendo juntos?

No escuchó su opinión, arrastrándola familiarmente hacia una de las mesas. Cuando tuvieron delante los bocadillos y la lata de cerveza ya no eran dos desconocidos. Steve le había explicado de qué forma suprimió de su persona la célula de identificación y ella le comunicó que trabajaba en uno de los departamentos de propaganda.

— ¿Propaganda? —Steve había dejado en alguna parte su mal humor—. Ah, ya: «Si buscas un amigo de verdad, adquiera un robot».

Pero ella rió.

— Eso es demasiado clásico. Casi prehistórico. Actualmente poseemos frases con más impacto. Algunas más chistosas que efectivas. Por ejemplo: «Antes de comprar un robot, exija la garantía de que hace horas extras».

Ella se llamaba Alice. Steve olvidó inmediatamente su apellido. Se llamaba Alice y no apostaba a los caballos, ni leía el «Women go up» de la Emancipación femenina, ni se interesaba por el béisbol y sus ideas sobre política no eran las de ningún envenenado agiotista.

Steve había ingerido la mayor parte de la lata de cerveza y en aquel momento sólo parecía interesarse por el número 5.885 que tenía ante él.

— ¿Qué hace el domingo por la tarde?

Si esperaba que le dijera que frecuentaba los cineramas de la localidad, se equivocaba. No lo hacía. Ni asistía a los «nigth-clubs» subterráneos No hacía nada de aquello y Steve se preguntó qué demonios hacía con los bonos que le cedía la Grahan-Engine. Con ellos se obtenía una considerable rebaja en diversos lugares de diversión.

—Bien, paseo. Me gusta pasear. ¿Conoce el Hight Park?

—¿Hight Park?— Lunch entornó los ojos pero no localizó el nombre en su cerebro.

Ella empezó a mencionar diversos parques. Steve no recordaba ninguno. Alguna vez había paseado por un sitio muy oscuro con Josella. Alguna vez. Pero entonces no pudo saber si era un parque exactamente.

—¡Pasear!— gruñó—. ¡Es lo más raro que he oído! ¿Hight Park? Bueno, no sé dónde cae exactamente. Ni qué puede hacer alguien paseando una tarde de domingo —iba a añadir que le resultaba

inédito, pero se retuvo.

Se sorprendió más cuando ella mencionó los árboles y los pájaros. Frunció el ceño y los canarios de Josella volaron un momento por su mente. Bien, después de todo, cada uno cultivaba sus aficiones.

—¿Nunca ha paseado por el Hight Park?

V

No. Nunca había paseado por el Hight Park. Pero eso fue lo que hizo al domingo siguiente. Desde luego no estuvo solo. El número 5.885 de uno de los Departamentos de Propaganda le acompañó continuamente.

Constituyó una nueva experiencia. Recordaba que alguna vez había aborrecido los lugares desiertos, evitándolos para introducirse en el gentío y escuchar sus mil voces. Ahora era distinto. Tan distinto que el propio Steve se hallaba confuso. Hacía años que no había paseado por una alameda de árboles bien conservados o se había sentado en un banco de piedra que constituía un insulto con los modernos sillones funcionales que había adquirido Josella.

Pero después de todo resultó agradable. Sumamente agradable.

¿Desde hacía cuánto tiempo habla seguido el anodino itinerario que le conducía desde la Grahan-Engine hasta la casa, utilizando las rutas subterráneas? Ni siquiera se tomó la pena de calcularlo. Había varios motivos que le impulsaban a no hacerlo. Uno de ellos era el hecho de que se encontraba demasiado cerca de él para dejarle pensar en otra cosa.

Anteriormente había sostenido citas con diversas muchachas. Carroll había sido una de ellas. Pero todas habían acabado en un «snack» en tinieblas o en los últimos asientos de cualquier cinerama.

Hacía tiempo que el Hight Park era apenas visitado.

Los adolescentes habían optado por trocarlo por la música insaciablemente lenta de cualquier baile. Eso fue lo que le hizo pensar a Steve que permanecían solos en aquella especie de reserva campestre.

Eran las siete de la tarde de un domingo enfermizo. Steve consideró maquinalmente que era el momento adecuado para besar los labios de Alice. Podía recibir una bofetada. Inmediatamente pensó que todas las mujeres que le habían dado una bofetada al principio, habían acabado besándole ardientemente.

De cualquier modo no supo decidirse y tal vez eso le impulsó a hacer la pregunta:

— ¿Qué opina de Winocour, Alice?

Permanecían sentados en uno de los bancos de piedra. Habían

andado mucho, al menos en la opinión de Steve que empezaba a sentir el cosquilleo inquieto de un callo.

— Sé que puede ser un buen presidente. Pero no me gusta.

—¿Por qué?

Detrás de la alejada verja de hierro las luces de la ciudad habían empezado a brillar.

— Pues… no sabría explicarlo. Hay algo en él que me inquieta. No sé qué pueda ser.

— ¿Su aspecto?

Steve pensó en el hombre corcovado de sonrisa fácil.

— No es eso precisamente —Alice miraba las luces que parpadeaban—. Es una impresión… sí. Sé que no debería dejarme seducir por ellas, pero es inevitable. Mis simpatías son por el Gobernador de Ohio…

Se volvió y observó que Steve estudiaba un punto lejano. No lo estaba escuchando.

— Steve, ¿en qué piensa?

El aire que azotaba sus rostros era húmedo y olía a mar.

— En Walter Duck. ¿Sabe quién es?

— Claro. El director temporal de la Grahan-Engine. ¿Qué piensa sobre él?

Sintió un escalofrío. Quizás el aire húmedo. Quizás otra cosa. Luego puso la cara de un profeta que va a revelar un solemne augurio o una solemne tontería.

— Que no existe…

Notó que ella parpadeaba. Esperó ver en sus ojos el reflejo de la duda. De un momento a otro ella iba a reírse de él se reiría también de sí mismo y de las necedades que sugería.

Pero nada de eso pasó. La pausa se había hecho demasiado larga. Steve se sentía observado como un conejillo de indias que acababa de recibir un nuevo virus.

— ¡Bien, diga algo!

Una nube negra dio un grito encima de sus cabezas. Iban a mojarse, pero ninguno de los dos pensaba en aquello.

— Bueno, lo haré, si se explica mejor.

Lunch dibujó una sonrisa incrédula.

— ¿De verdad me escucharía?

— Claro.

Era un idiota si no besaba a aquella criatura.

— ¿Por qué?

— Bueno, Steve, usted quiere explicarme algo. Le escucho. Eso resulta razonable, ¿no?

Estaba ofuscado. Nadie empleaba aquella forma de expresarse. Ni nadie escucharía una conversación de aquel tipo. La ciencia-ficción había dejado de tener razón. Los mind-robots VIII la habían superado. Todo el mundo sabía que no había selenitas en la Luna, ni marcianos en Marte, todo el mundo sabía que eso eran fantasías.

Todo el mundo sabía que Grahan era Grahan y que Duck era Duck y que Winocour era Winocour y todo el mundo sabía que no existía modo de intentar ningún ardid en una sociedad vigilada por el severo, superperfecto y supermoderno Bureau of Investigation.

Así que todo el mundo lo sabía todo y por ello la fantasía, la imaginación le intuición habían sido superadas por la realidad, por una realidad aplastante, donde un tornillo era un tornillo y no podía ser otra cosa.

— ¿De verdad?

El Bureau of Investigation tenía pocos problemas y los solucionaba de un manotazo. Según un redactor del American Magazine todo permanecía bien controlado. Nadie podía decir mentiras porque los detectores le denunciaban al acto, nadie podía realizar un delito y quedar impune, nadie podía señalar algo ilógico porque tropezaría con una sociedad demasiado lógica que le ignoraría.

— De veras, Steve.

Nadie podía hacer un comentario de aquel tipo sin recitárselo antes a su psiquíatra. Éste daría un veredicto realista y aplastaría cualquier conjetura. Steve conocía el sistema. Después de todo resultaba muy simple. Asistía a las postrimerías de la iniciativa del individuo. Nadie trataba de solucionar nada por sí mismo.

— ¿Aunque fuera algo… inédito? —Tal vez no era la palabra apropiado, pero no encontró otra.

¡Cooperación!, gritaba todo el mundo. Y todo el mundo cooperaba. Unos con otros, otros con unos. Hombres y robots. Hombres con mentalidad de robots. Robots con mentalidad de hombres. Todo era perfecto, demasiado perfecto. Controlado. El Bureau of Investigation se encargaba de destruir la fantasía.

Sencillamente la barría con sus máquinas y hombres ultramodernos.

Eruditos, especialistas, criminólogos, forenses, todos ellos atestiguaban que nada podía ir mal. Todo se había desmenuzado y resultaba perfectamente controlable. El asesino era atrapado.

Meteorólogos y astrónomos aseguraban que el cielo estaba despejado de seres fantasiosos. Mostraban pruebas. Bueno, la fantasía era un excremento del pasado y todo lo que oliera a fantasía olería a excremento.

— Me atraen las cosas inéditas.

Algo brilló encima de las copas de los árboles. Steve tardó un segundo en saber que era un relámpago. Después dijo:

— Alice, ocurre a veces que las cosas concretamente reales, dejan de serlo. El hecho de que un hombre se pongo un abrigo porque hace frío es algo que no suscita comentarios. Pero si ese hombre se pone un abrigo porque hace frío y eso lo hace a lo largo de toda su vida, sin olvidarlo una sola vez, es algo que deja de tener lógica…

El viento había cesado. Ellos no veían el rebaño de nubes negras que cabalgaba sobre el Hight Park.

— Una y otra vez él hombre se equivocará. Olvidará el abrigo o no calculará bien el tiempo. Debe de ser así porque es humano.

Se supone que un hombre va escalando puestos hasta afianzarse a un pivote seguro. Ahora, me refiero a dos individuos con características semejantes. Winocour y Duck.

»Si algún necio periodista pudiera ver más allá de sus narices dejaría de aplaudir los discursos de Winocour e investigaría su vida. Parece ser que no tiene familia. Sus padres murieron, sus hermanos murieron. Sólo unos amigos en el Congreso. Bien, ¿es eso suficiente?

Se estaba mojando, pero él no se dio cuenta.

— Así está sucediendo. Algo similar acontece con Walter Duck. ¿Quién es? Al parecer, un buen amigo de Grahan. Bueno, yo sé la clase de amigos que tenía Grahan y sé que a ninguno de ellos le permitiría ni siquiera introducirse en su despacho. Es algo que no tiene sentido viniendo de él. Bien, nadie ha mencionado nada al respecto. Yo sé que algo sucede, algo que no había ocurrido hasta ahora. —Sonrió, pero el agua que resbalaba hasta sus labios convirtió aquella sonrisa en una mueca—. Todo el mundo parece

demasiado ocupado para hacer caso a un asunto como ese, que ni siquiera ha interesado al Bureau of Information.

Como ella no decía nada, él siguió hablando. Sus ojos brillaban más de lo habitual.

— ¡Algo está pasando, Alice! Algo que sé lo que és, pero que resulta alarmante. Y la solución puede estar en el despacho de Grahan, donde ahora se acomoda Walter Duck… ¿Le parece una locura lo que he dicho?

— No.

— Creo que me está mintiendo descaradamente.

— No.

— ¿Cómo puedo saberlo?

Pero ella no hizo caso a la pregunta.

— ¿No ha subido al despacho del señor Grahan?

—Sí —parecía haber perdido interés por la conversación, pero realmente estaba pensando en ella—. No obtuve nada. Un mind-robot VIII me hizo esperar media hora. Luego me recibió Duck. Demasiado amable, demasiado servicial, demasiado irreal…

—¿Y…?

— No hubo nada, Alice. Pero apostaría cinco años de mi vida a que Grahan no está de vacaciones en ninguna parte. Si pudiera registrar su despacho durante unos minutos, sabría algo. No sé qué cosa, pero obtendría algo positivo… —más tarde añadió, encogiéndose de hombros—: ¿Le molesta esta conversación?

Ella denegó con la cabeza y Steve miró sin entusiasmo la lluvia que en algún momento había aborrecido.

— Tengo motivos para suponer lo que he dicho. He tratado de olvidarlo sin ningún resultado —la miró fijamente—. ¿Y sabe por qué, Alice? Porque sé que estoy en lo cierto…

La lluvia que caía era muy fina. Steve pensó que muy pronto dejaría paso a la nieve.

— ¿Cómo empezó todo, Steve?

— Cuando Grahan me llamó. Iba a tomarse unas vacaciones, me aseguró. En ese momento no supe qué decir. Luego Walter Duck apareció por una puerta lateral y…

Nunca acabó aquella frase. Había fruncido el entrecejo y ahora se estaba tratando gran idiota por no haberse fijado antes en aquel detalle.

— ¡La puerta!

— Steve, ¿qué puerta?

Él enarbolaba una sonrisa triunfante.

—¿Cómo no lo pensé antes? Hay dos modos de penetrar en el despacho de Grahan. Uno es impracticable. Está continuamente vigilado por el mind-robot VIII. Es la entrada oficial y luego hay una puerta lateral… ¿Cómo puedo obtener un plano de la Grahan-Engine, Alice? ¿Puedes proporcionármelo?

Ella actuó de la manera que él esperaba.

— Sí, creo que podré hacerme con uno de ellos, Steve.

Lunch estaba de pie. Excitado. Todo él estaba excitado. Principalmente su cerebro. Trabajaba a gran velocidad, calculaba distancias, horas, impresiones…

— Bien, esto parece simple, pero no lo es. No creo que sea fácil meterse en el despacho de Grahan, aunque burlase la vigilancia del «mecano» VIII.

— Pero ¿Y Walter Duck? ¿Has pensado en él?

— He pensado en él. Sólo abandona el despacho al mediodía, cuando todos los trabajadores se dirigen a los comedores locales. Ese es el momento de meter las narices en su agujero.

No la miraba. Ni siquiera a la fina lluvia. Ni a las luces más allá. Estaba en el pasillo 412. Estaba en cualquier pasillo de la Grahan. Estaba ante el complejo plano de las líneas interiores de la empresa.

Eso era algo que debía tener en cuenta. La Grahan-Engine era uno de los edificios más grandes de Nueva York. Alguien lo había llamado monstruoso. Monstruoso porque su área era un cuadrado de un kilómetro de lado aproximadamente. Eso, y los treinta y cinco pisos suponían unas dimensiones dantescas.

Nunca había tenido una aventura en la vida. Esto podía ser una aventura, algo distinto. Pero Steve no buscaba emociones; no de aquel tipo. Reflexionaba sobre aquello mientras se alejaban del banco.

Estaban empapados, pero demasiado agitados para sentir frío. Cuando ella le preguntó si podía acompañarle, Steve se dio cuenta de que esperaba aquella pregunta y que necesitaba que fuera así.

Necesitaba que alguien creyera en él.

Sobre ellos, las nubes negras se alejaban hacia el este.

* * *

— ¿Herbert? Herbert, ¿qué está pasando con tus muchachos? El señor Brunner no ha dejado de comunicarse conmigo esta mañana. ¿Pero qué está pasando en Reclamaciones? Este es un caso de urgencia, Herbert y…

Steve estudiaba la reacción acalorada de Carroll por el interfono. Luego bajó la vista para prestar atención a la ficha de un tal Strugger. Era un cliente moroso. Se había informado bien. Pero para defender los honores de la Grahan-Engine no llevaría aquel asunto a los tribunales. No si podía encontrar alguna solución.

La venta ya había sido efectuada y el crédito no daba resultado. Steve se preguntó a qué le conduciría un nuevo aplazamiento. Cuando algún cliente se extralimitaba había que considerarlo así.

Era un trabajo delicado. Levantar demasiado la voz podía significar muchas cosas y la mayor parte de pésima ética. Ningún periodista iba a desdeñar el hueso de una crónica maliciosa si algún tipo, como aquel Strugger le daba motivo.

Eran cosas que debían evitarse.

Observó la fotografía de Strugger. Podía ser un comerciante, pero tenía el aspecto de un bateador de béisbol. No pagaría. De pronto, Steve pensó que no pagaría y tendría dificultades.

Después Strugger se fue desfigurando y en la fotografía apareció Walter Duck. Agitó la cabeza y fue nuevamente Strugger. No debía pensar de aquel modo. Todavía faltaban dos largas horas antes de que todo el mundo acudiera a los comedores locales.

Tenía la seguridad de que Alice no encontraría problemas para hacerse con un plano de la Grahan-Engine. Desde luego se estaba jugando el puesto. Un puesto que había defendido a lo largo de doce años. En unos segundos podía enviar doce años al diablo.

¿Recomenzar?

Hum… Eso sería difícil. Incluso la Clasyus Robótica le cerraría las puertas. Pero no importaba. De cualquier modo iba a ignorar los Estatutos de Grahan.

— Correcto, Herbert. Ocúpate cuanto antes del asunto… Sí, sí, sé que tienes ocupados a todos tus muchachos, pero es urgente. Muy urgente —ajustó Carroll, inmediatamente después colgó.

Steve pensó que aquella mañana todo le resultaba sorprendente

diferente. Carroll se le antojaba distinta, el Departamento de Información le parecía extraño, incluso él mismo se veía cambiado.

— ¡Oh, Steve! Deja de pensar y préstame un poco de atención — le ofreció una sonrisa comprensiva—. No puedes engañarme. Tu cabeza de hombre testarudo está a años luz de aquí, tramando yo que sé qué cosa. ¿Verdad que no me equivoco, cariño?

— Claro que no. Pero no estoy a tantos años luz. Quería preguntarte si me acompañarías al Night World. Sirven unas empanadas muy sabrosas.

— ¿De veras pensabas eso? ¿Cuándo será, Steve?

— Cualquier día —Steve rió, aunque no quería hacerlo.

Era una justificación. Pero una conversación era lo más conveniente para pasar aquellas dos horas. Surgieron otras justificaciones. Josella llamó. Steve tomó el teléfono y escuchó una conversación sin ningún interés. Se había acostumbrado a ellas. Contestaba con monosílabos. «Sí» era el más indicado.

Muy bien, Josella tomaría sus vacaciones navideñas. Eso significaba brutalmente dinero. Nada más que dinero. Aguantó sus quejas respecto a los precios. Trataría de ser comprensible. Lo prometió.

Se sobresaltó cuando el robot mural situado en el pasillo gritó:

— Turno Primero. Comedores locales abiertos. Turno primero. Comedores locales abiertos…

Habían pasado las dos horas.

— Tomaré un bocadillo abajo —anunció a Carroll, indiferentemente.

Indiferentemente y ella no supo nunca lo que estaba maquinando.

— Te veré luego, Steve. Cuando arregle lo del señor Brunner.

— Bien, te esperaré —luego corrió—: Quizá nos veamos.

Carroll le sonrió y luego sonrió al teléfono cuando éste empezó a aullar.

Alice y él habían cronometrado los relojes y Steve aceleró el paso. Corría casi. La cita era en uno de los bares aislados que se encontraban en el cruce de pasillos de la Grahan-Engine.

Era en el mismo pasillo de Steve, de modo que no tuvo problemas en localizarlo.

— ¿Va a tomar algo, señor?

Dedicó una mirada al mind-robot II. Desde luego no estaba preparado para comprender lo que Alice y él iban a discutir. No era un mind-robot VIII. Era sólo un camarero mecánico, con apariencia humana y voz metálica.

— No.

Alice tardó diez minutos. Llevaba una blusa azul y una falda del mismo color. El pelo negro siempre recogido en un moño. Llevaba una carpeta bajo el brazo y Steve adivinó que había corrido.

— Confío no haber tardado —antes de que él dijera algo anunció—: Lo he conseguido, Steve. He obtenido los treinta y cinco planos de todas las plantas de la Empresa.

Abrió la carpeta y empezó a mover excitadamente los papeles. Tomó un trozo de cartón arrugado. No era un trozo de cartón arrugado, sino un plano cuidadosamente doblado. Steve vio una señal roja.

— ¡Esta es la puerta que comunica al despacho del señor Grahan! Antes de llegar hay una antesala, pero el plano no indica claramente de qué se trata y…

— ¿Van a tomar algo?

Alice se asustó un momento, mirando al mind-robot II.

— No, ¡maldición! —soltó Steve.

— ¿De qué modo podemos llegar?

— Lo tengo apuntado. Tendremos que bajar al piso inferior. Allí tomaremos el elevador… —consultó una libreta—… el elevador XXI. Nos llevará al Pasillo 477. El del señor Grahan es el 412. No está lejos, pero tendremos que sortear los pasillos —otra vez la libreta—… 465, 468 y 471. Luego, el mapa indica una escalera.

— ¿Una escalera? —Steve parecía contrariado. Una escalera no tenía sentido en un mundo de ascensores.

— Sí… —objetó ella—. Sí, una escalera. Sé que resulta anacrónico, pero es así. Luego un corto pasillo; no pude identificar su número, y la antesala que conduce al despacho.

Steve la miró. Tal vez estaban los dos locos. Todo aquello tenía algo infantil que le asustaba. Era algo así como cuando era joven y quería saber qué había en el sótano que asustaba al gato. Oh, pero aquello estaba muy lejos…

— Steve…

— Sí, te escucho.

— Tenemos dos horas antes de que empiece el Segundo Tumo. ¿Todavía piensas hacerlo?

— Todavía —gruñó él. Luego la empujó suavemente—. Vamos a buscar ese ascensor.

Era una extraña impresión la de ver los interminables pasillos desiertos. El eco de sus pasos parecía explotar en todas partes. Además era un eco insólito. Ambos temían el ruido que estaban produciendo.

Las diversas puertas de las secciones permanecían cerradas. Pasaron con prisas delante de ellas. Abajo, los comedores locales deberían estar infectados.

Steve se permitió reflexionar un momento sobre todo aquello. Duck. Esperaba no tropezarse con él; ninguna justificación le hubiera satisfecho.

Claro, estaba actuando como un loco. Ellos estaban locos o todo el personal de la Grahan-Engine.

La luz rojiza del elevador XXI parpadeó, más allá.

VI

No había nadie en el ascensor. Ambos suspiraron. Steve no quería confesarlo, pero tenía miedo. Un miedo anormal. Propio de una persona que teme caer en la locura.

Y sin embargo, el hecho parecía tener una importancia mínima. Quizás estaba revolviendo algo que sólo pasaba en su imaginación. Bien, si era así, nunca haría caso a su imaginación.

— Alice, si quieres puedes quedarte. Lo haré yo solo.

— No —replicó ella al momento. Sus mejillas y sus labios estaban encendidos. Steve se dijo que nunca había besado a una chica en ninguno de los elevadores.

—Bueno— concluyó y prestó atención a las plantas que iban dejando atrás y que señalaba una luz amarilla.

El Pasillo 477.

Habían abandonado el ascensor y ahora caminaban silenciosamente. No había por qué hacerlo. Estaba totalmente vacío.

— El 465… —murmuró ella y señaló a la encrucijada en la que se encontraban ambos pasadizos.

Luego, el 468. No acababa nunca. Empezaba y no acababa nunca. Steve consultó la esfera extraplana de su muñeca. No tenía por qué asustarse. Apenas habían pasado quince minutos. Pero era indudable que estaba asustado. Se dijo que era la falta de costumbre. Debería guardar la calma.

— Pronto llegaremos —dijo, tratando de serenarse.

— El 468.

Steve se asomó y lo halló igualmente desocupado. Ni máquinas, ni hombres. Pasaron delante de un robot A, mural, de tipo elemental. Eso no significaba nada; nada aparte de que cerca de allí se encontraría un AB.

Él agarró un cigarrillo, lo encendió sin detenerse y buscó el final del Pasillo 468. Hubiera preferido que los fluorescentes estuviesen apagados.

Cuando encontraron el Pasillo 471 trataron de ignorar que estaban cansados. Habían andado mucho, pero el final cercano les impulsaba a ambos a continuar.

— ¿Y ahora? —preguntó Steve, abandonando el cigarrillo.

En seguida descubrió la escalera. Se acercó a ella. Debía ser una de las pocas o la única de toda la Empresa. Allí, la luz era muy débil, pero descubrió que subía aproximadamente quince metros. Todavía no acertaba a saber qué fin perseguía aquella escalera. Indudablemente era un acceso al despacho de Grahan. Sin embargo no veía por qué Walter Duck lo había utilizado cuando le conoció. La puerta preferente resultaba lo idóneo para aquellos casos.

Atrapó la mano de Alice y notó que estaba helada. Helada, igual que el domingo en Hight Park. Pensó en dos cosas a un mismo tiempo. Descubrir algo acerca de Grahan y pasear con ella por el parque. Había sido una experiencia agradable. Se preguntó si ella no tenía inconveniente en repetirla.

Subieron juntos los peldaños. Steve se dijo que la oscuridad también tenía sus inconvenientes. Uno era que le hacía pensar en los encendidos labios de Alice. Y había escogido un mal momento para pensar en aquello.

Salvaron el último escalón. Allí estaba el pasillo no identificado. «No identificado». Steve estudió mentalmente ambas palabras. No significaba nada. Todos los pasillos tenían su número o dejaban, simplemente, de ser pasillos.

Al fondo, estaba la antesala. Los ojos de Steve Lunch brillaron de un modo distinto. Es decir, brillaron más. Pero luego un sexto sentido le advirtió del peligro mural.

— ¡Un AB! —gruñó y lanzó una maldición.

Alice también lo había visto, pero no conocía lo suficientemente bien a los robots para saber qué tipo de problema representaba. Steve se detuvo y le dio una explicación.

— Es un AB —dijo con voz ronca—. Un AB de Identificación. No hay manera de pasar delante de uno de ellos sin dar nuestros nombres y nuestros números.

— ¿Y si no lo hacemos, Steve?

— Poseen un buen sistema de alarma. Nos localizarían en seguida y entonces todo estaría perdido todo.

Todo significaba muchas cosas en aquel instante.

— Sólo los colocan en lugares estratégicos. Por lo visto nos hallamos en uno de esos lugares.

— ¿Qué podemos hacer?

Steve miraba la caja que era el robot mural. Conocía la

existencia de los cables en el costado derecho. Un tirón y la máquina moriría. Empezó a respirar con alivio.

— Quizá logre inutilizarlo.

Antes de que ella pudiera decir nada echó a andar con paso calmado. Dispondría de muy poco tiempo. Si actuaba con celeridad, tal vez pudiera conseguir algo. Sólo esperaba que el robot se molestase en llamarle la atención un par de veces.

Había leído muchas cosas sobre los robos AB de Identificación. Su campo de acción era de unos diez metros en ambos sentidos. Lo que significaba que pronto le daría el alto. Y debería dejarlo inutilizado antes de que encendiera la luz roja de alarma.

Avanzó con calma. Era curioso. ¿Por qué en un momento como aquel pensaba en Josella? Luego descubrió que pensaba muchas cosas a un tiempo. Pensaba demasiado, ese era su error, pensaba demasiado en una sociedad en la que todo estaba pensado y previsto.

— Identifíquese, por favor.

El robot mural había hablado con voz neutra. La siguiente advertencia sería decisiva. Steve hizo el spríng más rápido de su vida, aprovechando cuatro sucios segundos; en el último de ellos, el AB aulló:

— ¡Identifíquese, por favor!

Después no aulló más. Una mano experta había arrancado los dos cables y ahora los sujetaba en la mano, mirándolos, como si hubiera quitado la vida a algún ser.

— ¡Steve!

— Todo ha ido bien. No te preocupes. Sin embargo, no disponemos de mucho tiempo. Llevan el control de las todas averías en Inspección. Afortunadamente hemos escogido un buen momento. Vamos.

El pasillo no identificado era el más corto de todos los que habían visto. Steve permanecía hechizado con la puerta del fondo. Era la antesala que mencionaba el mapa.

Steve apretó la empuñadura de la puerta y empujó. Había resistencia. Pero no iba a detenerle una puerta en aquel momento. Se dispuso a actuar como el héroe de una película.

Alice observó cómo tomaba distancia para hacer saltar la cerradura. Después cayó en tromba sobre ella. Las bisagras dieron

un grito. Él también lo hizo, y ninguno cedió.

Al segundo golpe se escuchó un crujido al otro lado. Era la cerradura. Lunch lo intentó una vez más. Sólo una vez más y la puerta les dejó el paso libre.

Respiraba con dificultad.

Hubiera querido iluminar la habitación con reflectores, pero tuvo que conformarse con una luz amarilla y distante. Vio la otra puerta, la que comunicaba con el despacho de Mel Grahan y en la que ahora debía de retreparse Walter Duck.

Afianzó el pomo, aunque en seguida supo que aquélla no era de las que cedían con facilidad. No lo conseguiría. La golpearía durante horas y no la conseguiría. Bien, debía conformarse con explorar la sala violada.

Todo era demasiado confuso a su alrededor. Sillas, máquinas, herramientas y ninguna cosa en su sitio.

La sala era espaciosa y quizás en alguna ocasión había servido para contener muestras. Eso fue lo que pensó cuando vio un robot simple tipo A, de Indicación. Había otros «mecanos». Algunos AB. Service-robots. Todos ellos en desuso. Simulaban muñecos y cajas en alguna exposición moderna.

Pero hubo uno que hizo que Steve frunciera el ceño y se aproximara a él. Era antropomorfo. Unos segundos le bastaron para darse cuenta de que no se equivocaba. Era un mind-robot VIII.

— ¿Qué es, Steve?

Estaba demasiado distraído con la máquina para contestar. La examinaba y se mostraba incrédulo. ¡Un mind-robot VIII! Pero ¿qué demonios estaba haciendo allí, pudriéndose, un «mecano» VIII?

Steve sabía lo costoso que resultaban aquellos robots. Sus precios estaban por encima de las economías de la clase media. Pero a él no podía engañarle. Bastaba observar el pulido cuerpo metálico para saber que era apenas nuevo.

¿Entonces…?

Buscó angustiadamente el número en su hombro derecho. No lo halló. Tragó saliva y miró el izquierdo. No existía ningún número allí. Pero una larga experiencia le había enseñado que todos los mind-robots VIII llevaban su número en el hombro derecho.

—¿Ocurre algo, Steve?

Todos, salvo aquél. Era imposible. Debía de existir una

confusión. Ningún robot cerebral salía de la Grahan-Engine sin su número correspondiente. No, era imposible pensar en un error. No en un error. No en un error como ése. En cambio había ideas factibles, por ejemplo…

—¡Steve!

Por ejemplo que aquel robot cerebral estuviera fuera de nómina… a propósito. Su mente podía jugarle muchas tretas, sus ideas podían ser fantasiosas, pero no ahora…

— ¡Alice!

— Dime.

Hizo un gesto elocuente señalando al mind-robot VIII.

— Bueno, acabarás pensando que estoy loco, pero te presento a Mel Gráhan, antiguo director de la Grahan-Engine.

— ¡No! No puede ser, Steve.

Steve atrapó una de sus muñecas y acercó su rostro al suyo.

—¿No? Bien, no hay otra explicación. Ignoro hasta qué punto conoces a los mind-robots VIII. Pero te aseguro que por ningún concepto encontrarías a uno sin número y en una sala de muestras. Además no funciona. Y debería estar funcionando. Todos ellos funcionan.

— ¿Y si tuviera una avería?

—No tiene caso. Se encontraría en Montaje o en Reparaciones, pero nunca aquí. Un mind-robot VIII actúa como un hombre. Es como si encontraras un cadáver. Es como un hombre que estudia su combustible, sus engranajes, y luego está el número. ¿Por qué no lleva número?— gritó.

Ella estaba asustada. Sus labios estaban asustados cuando dijeron:

— Pero…

— Te voy a decir lo que pasó. Alguien transformó ese robot en Mel Grahan. Sí, lo disfrazó, le dio órdenes y el «mecano» VIII actuó como Mel Grahan, adquirió todos los conceptos que le habían señalado y los barajó ante mis narices mientras me daba una miserable excusa.

— ¿Quién?

— Walter Duck. Pero olvidó un detalle muy importante. Que maldita gracia le hacían a Grahan las yeguas del hipódromo. Y otro más. Las vacaciones del viejo.

— ¿Entonces…?

Steve no sabía si creía lo que estaba diciendo. Posiblemente deseaba salir de allí corriendo. Posiblemente.

— Alguien se deshizo de Grahan. ¿Asesinato? Es lo más probable. Acabó con él y el Bureau of Information siguió somnoliento, y seguirá somnoliento, pensando que nadie burlará sus detectores y sus supercerebros. ¡Idiotas!

No soltó su muñeca. Algo le decía que huiría de allí. Y necesitaba que creyera en él.

— ¡Si piensas que es así, debes comunicarte con la policía, Steve!

— No obtendría nada. Ni siquiera se tomarían la molestia de echar una ojeada. ¿Para qué? Si Walter Duck figura en sus archivos como persona sin tacha, se limitarán a colgar el teléfono. O enviarán uno de sus psiquiatras. Uno de esos eruditos que acaban haciéndote comprender lo que a ellos le interesa sin escuchar con seriedad tus razones.

Miró nuevamente al robot cerebral VIII.

— Vámonos.

Huyeron. A lo largo del pasillo no identificado, por los corredores 468, 465 y 477, huyeron. Sólo muy cerca de uno de los bares que se hallaban en las encrucijadas se detuvieron. Tal vez no habían visto mucho. Pero habían pensado excesivamente.

— ¿Tienes miedo, Alice?

— Sí.

— Bien, necesitamos salir de aquí. Tengo que hacer una llamada. Acompáñame.

— ¡Pero pronto empezará el Segundo Turno!

— Eso no importa ahora.

Ocho minutos más tarde se encontraban en la calle. Seguía lloviendo. La lluvia sería pronto nieve, pero Steve saboreó el agua en sus labios. Utilizaron un paso subterráneo para ir al otro lado. La gente reía. Hablaban de Navidad. Steve no podía comprender lo que significaba aquello. Alguna vez había pensado que faltaba poco para Navidad. Poco, y tendría un año más.

Penetraron en un local de luces de colores que se combinaban. Steve reflexionaba acerca de Walter Duck cuando ambos penetraron. ¿Quién era Walter Duck? Alguien que había desafiado

al Bureau of Information y nada más.

El camarero se acercó. Era obeso y no trataba de disimularlo.

— ¿Qué voy a ponerles?

Steve acarició la idea de que no era un robot, de que no hablaba con una voz neutra de un robot.

Pidió dos cafés y tomó el teléfono.

— ¿Donald? —preguntó poco después.

Alguien le dijo que sí al otro lado del hilo.

— Donald, es necesario que vengas inmediatamente… ¿Qué? ¡Envíalo al diablo, esto es más importante que cualquier crónica de sociedad! ¿Me oyes?

Alguien le dijo que sí al otro lado del teléfono.

Dejó el teléfono.

Trató de no prestar atención al murmullo de voces de las personas que poblaban el local. Maldijo cada uno de los minutos que Donald Ley le hizo esperar.

Y olvidó los minutos cuando Donald empujó la puerta cristalina. Steve actuó rápido. Le presentó a Alice y los tres se sentaron a una mesa. Donald tenía su máscara de periodista habitual y Lunch sabía el trabajo que tenía por delante para convencer a un hombre desconfiado. Sin embargo, Donald era el único contacto que tenía en el America and You. Y alguna vez había escrito artículos atrevidos.

Pero sólo habían sido puntilladas contra algunos servicios estatales o contra el Bureau of Information. Nada serio. Bien, debía intentarlo al menos.

Empezó a hablar con cuidado. Estudiaba las palabras antes de lanzarlas. Trataba de ser meticuloso. Evitaba los comentarios grandilocuentes. Todo lo altisonante estaba allí fuera de lugar.

Luego se detuvo. Donald podía escucharle. Pero lo que realmente estaba haciendo éste era asaetar a Alice con los ojos semicerrados.

— ¿Me estás escuchando, Donald?

— Sí —el otro no torció la mirada—. Claro que sí. Prosigue.

Prosiguió. Pero, a medida que iba adelantando en el relato, ocurrió algo que le descorazonó. Empezó a encontrar huecas sus propias palabras. Donald le escuchaba, por supuesto. Su oficio le había enseñado a aprender y mirar a un mismo tiempo.

Steve parpadeó. Se encontraba en el Pasillo 477. No supo si debía seguir. Se imaginó a Donald y a Alice en una de las «boîtes» nocturnas, los labios de él muy cerca de los de ella. Odió a Donald. Y le odió porque sabía lo que estaba pensando. Le mataría. Cualquier día le mataría. Luego el Bureau of Investigation haría con él lo que quisiera.

Debía calmarse. Los celos eran la expresión del amor más vulgar que conocía. Se estaba convirtiendo en algo anacrónico. No servía.

— ¿Has acabado, Steve?

— Creo que sí.

Donald olvidó un instante a Alice y le miró.

— Bien, voy a hacerte dos preguntas. No te alteres. Trata de dominar tu control y no grites. ¿De acuerdo?

— De acuerdo.

Donald se estiró perezosamente y, con gesto estudiado, adquirió el aire de un burócrata ante su subordinado y preguntó:

— ¿Hace cuánto tiempo que no tomas vacaciones?

Steve se puso pálido, pero una parte de su cerebro evitó que lanzara su puño contra el rostro del periodista. Hizo un esfuerzo, antes de decir:

— Cuatro años aproximadamente.

— Está bien. ¿Frecuentas algún psiquiatra en estos momentos?

No se contuvo.

— ¡No!

Donald frunció el ceño y le miró como a un bicho raro.

— ¡No! —rugió Steve—. Y lo que té estoy contando es cierto. ¿Oyes, Donald? ¡Más cierto que tus malditas crónicas de sociedad!

— Cálmate.

— ¡No quiero calmarme! —había atraído la atención de los concurrentes, pero el mundo le importaba muy poco.

Donald Ley hizo una mueca que era una despedida a tiempo. Escapaba simplemente.

— Bien. Visita a John Jalley, Steve. Es algo bueno. Lo comprobarás tú mismo. Luego, si sigues opinando lo mismo, llámame otra vez.

Había dejado caer una tarjeta en la mesa.

— Me alegra haberle conocido, Alice —y la miró.

Pero Steve supo que lo que hacía era anotar mentalmente su

número. La buscaría. El maldito la buscaría.

Steve le vio salir y tomó la cartulina. No la leyó. Sabía lo que estaba escrito en ella. John Jalley. Sí, eso. Doctor John Jalley, especialista en Psiquiatría. Consultas de 9 a 1 de la tarde.

La despedazó en silencio.

John Jalley. Había escrito un par de libros. Un par sólo y la gente se agolpaba furiosamente ante su consultorio. Cobraba caro. Especialmente desde que había escrito aquella obra basada en algunos artículos del «Aier and Woods».

— Cálmate, Steve.

Era demasiado tarde. Lunch alzó la voz al tiempo que miraba en tomo.

— ¿Qué les pasa? ¿Piensan que estoy loco? ¿Quieren saber lo que pienso de Jalley? Bien, ¡es un farmacéutico de tercera categoría!

Alice le sacó de allí.

VII

Stephen…

Curioso. Carroll no había empleado una de sus expresiones habituales. No había dicho: «Steve, cariño…» Había dicho Stephen. Eso era debido a que sabía lo excitado que se encontraba aquel día.

Le había visto dar vueltas y vueltas por el despacho, sin preocuparse por otra cosa que la de no tropezar con el grueso archivo.

Le hubiera gustado sonreiría, pero no se atrevió.

— ¿Qué hay?

— Walter Duck. Llamó antes de que tú llegaras. Parece ser que se sentía interesado por verte en seguida —le enseñó su sonrisa tempranera—. Bueno, eso no me lo dijo.

Steve palideció un poco, pero no lo suficiente como para que ella lo notara. Desde luego habían tenido tiempo para descubrir el atentado contra el robot AB. Podía tratarse de aquello.

Se levantó cansinamente. Apenas había dormido la noche anterior. Se encontraba de pésimo humor. Había declarado la guerra al mundo y no sabía cómo vencer.

— Bien.

Cuando se encontró fuera de la oficina pensó en un café bien cargado. Lo iba a necesitar para enfrentarse a un tipo astuto como Walter Duck. Pero no había tiempo.

Esta vez no hubo titubeos con el ascensor. Penetró y soportó la mirada insistente del número 1.588. Era un jovenzuelo pelirrojo que se estaría preguntando por qué no llevaba cédula de identificación como todo el mundo.

Pero antes de que lo hiciera Steve abandonó el ascensor y se dirigió hacia el pasillo 412. Dirección, diría el rótulo eternamente. Llamó y esta vez no se alisó el cabello ni comprobó el estado de su corbata.

—Buenos días— le dijo el mind-robot VIII, con su sonrisa metálica, cuando la puerta se abrió—. Señor Lunch, ¿verdad?

— Sí.

— ¿Ha recibido comunicación?

— Sí.

— Un momento.

El hombre de metal empezó a jugar con los cables. Luego debió hablar con Duck, pero Lunch no escuchó nada. Recordaba otro robot cerebral que había descubierto el día anterior.

— Puede pasar, señor Lunch.

— Gracias.

Steve golpeó con los nudillos y la célula fotoeléctrica le contestó al segundo siguiente, abriendo la puerta de par en par. Allí estaba Walter Duck. O Winocour. No. Winocour estaba demasiado ocupado coleccionando los votos que iban a darle el mando. Steve había leído recientemente una declaración del candidato en la que anunciaba que si llegaba a Presidente de los Estados Unidos pediría al Congreso que financiase una cadena de clínicas en todo Nueva York.

Muy bien; los neoyorquinos habían aplaudido a rabiar la idea.

Duck sonreía. Steve apenas le conocía, pero adivinaba que aquél era su modo habitual de portarse.

— Buenos días, Steve. Según veo, recibió mi recado.

— Sí. Buenos días.

— Vamos, siéntese. No guarde protocolos conmigo. Estoy luchando duramente por ganarme la amistad de todos ustedes.

Lunch ocupó el sillón y luego permaneció impasible. No debía estar muy sosegado, porque el hombrecillo preguntó:

— Parece que no ha dormido bien. ¿Se siente indispuesto? No quisiera causarle molestias.

— No, no, me encuentro bien. Padezco de insomnio. Eso es todo.

Al parecer, aquello no tenía que ver con el robot AB de Identificación. Así era mejor.

— Bueno, me alegra que sólo sea eso. De cualquier modo, pienso que debería tomar unas vacaciones…

— Me encuentro bien.

— Me alegro —dijo Walter, sin enojarse por la voz cortada de Steve—. De acuerdo. ¿Algún problema en el Departamento?

Recordó que Strugger podía ser un problema. Strugger y otros como él.

— Algunos, pero se solventarán.

— Bien. —Duck entrelazó los dedos de sus manos—. Me he tomado la libertad de consultar su ficha, Steve. Cuarenta años,

casado, diez años en la Empresa y un trabajo eficaz…

Steve asintió.

— Y un trabajo eficaz —repitió Walter—. Posee ciento veinte agentes y una secretaria, Carroll Mills. También su expediente es perfecto. Los he ojeado. Bueno, pienso que podría aumentar el número de esos agentes. —Steve hubiera deseado poder dormir un par de horas. Seguía con dificultad la conversación—. Por ejemplo, en Ohio tiene treinta de ellos. Me parece excesivo. En cambio, Montana se encuentra prácticamente despoblada de propaganda de la Engine. ¿Qué opina?

— Eso es debido a que en Ohio hemos encontrado un número muy superior de clientes.

— Bien, bien, sé que ése es el motivo. De todos modos, podemos intentarlo. Según mis cálculos, la Robótica está extendiendo su marca como nunca. Está explotando a fondo el Departamento de Información. Eso es debido a que a pesar de todo la gente no está segura de lo que es un robot. Por cierto, resultó muy acertado su método para inutilizar el AB, de Identificación.

Steve dio un salto. Debió de ser un gran salto porque el sillón resbaló con rudeza hacia atrás, conservando el equilibrio. En seguida, Steve tuvo que ocuparse de su propio equilibrio. Había quedado tan blanco como un papel y hubiera querido hacer alguna cosa con sus manos temblorosas.

— Sí —sonrió Walter—. Un método ingenioso. Calculó bien la distancia e identificó los cables que debía inutilizar. Pero olvidó algo sumamente importante. Una cámara fotográfica aplicada al AB. Por supuesto, que los modelos ordinarios carecen de ellas —sonrió con más amplitud—. Es usted fotogénico, Steve, ¿lo sabía?

El color blanquecino de su rostro se había tomado escarlata. Era la rabia impotente que le subía a la cabeza. Con aquella borrachera de ira se veía capaz de acabar para siempre con la insidiosa sonrisa del hombrecillo.

No, no lo haría. El mind-robot VIII de la antesala receptora le saltaría encima si Walter tocaba un botón apropiado.

— No sé qué clase de juego lleva, Duck, pero es un asesino. Eliminó al señor Grahan.

— No. No hice nada de eso. Grahan está de vacaciones. Se lo comuniqué.

Steve acercó su rostro al del hombrecillo para esculpirle sus palabras y su desprecio:

— ¡No puede engañarme! Hizo una hábil maniobra con un robot cerebral. En unas horas lo transformó en Mel Grahan. También le hizo vivir astutamente delante de mí. Pero cometió algunos errores de… dicción. Un robot cerebral fuera de nómina le sirvió para el fraude. Lo encontré en la sala de muestras, ahí… —había hecho un gesto elocuente.

— Insisto. No sé de qué me habla. No hay ningún robot cerebral VIII tras esa puerta, Steve. ¿Quiere comprobarlo?

Steve soltó una carcajada artificial.

—¿Me ha tomado por un idiota? ¡Claro que no encontraré al mind-robot tras la puerta! Hacerlo desaparecer a tiempo ha sido otro paso astuto.

Walter agitó las dos manos.

— Amigo mío, está usted trastornado. Ve cosas que no existen. Me habla de un modo extraño; nunca podría comprenderle. Sólo hay un hecho claro: usted destruyó un AB de Identificación. Bien, no sé por qué lo hizo. Es decir, imagino que ha sido debido a un exceso de trabajo; tengo que imaginar que ha sido así…

— ¡Quiero que sepa que me importa muy poco seguir en la Grahan-Engine!

— Oh, vamos, Steve, no quise que lo interpretara así. Tengo confianza en usted. Tengo diez años de confianza en usted y no voy a ignorarlos por… una tontería.

Él estaba fuera de sí. Pero no tenía tiempo de matarle. No. El robot cerebral lo hubiera impedido.

— ¡No fue ninguna tontería! ¡No me va a engañar, Duck! Encontraré pruebas para llevarlas al Bureau of Information. No sé cómo, pero las hallaré. Acabarán escuchándome, ¿me oye? Y entonces todo el mundo sabrá lo que está pasando aquí.

Walter se había levantado. No estaba asustado, pero la sonrisa se había encogido en sus labios.

— Su sistema nervioso está desequilibrado. No tomaré en cuenta sus palabras, Steve. Sé cuándo no debo tomarlas en cuenta y ésta es una de ellas. Bien, creo que…

Lunch lo había entendido perfectamente. Se alejó hacia la puerta sin escuchar la frase. Seguramente era «…creo que he terminado…»

O algo similar.

— Buenos días, señor Lunch.

Maldijo in mente a la máquina cerebral. Luego le siguió Walter Duck, tipos como Donald y unos cuantos más. Pero maldecir no era bastante. Necesitaba actuar. Claro que no podía. No podría decir lo que estaba pasando. El mundo odiaba la fantasía; sólo era un recuerdo. No servía, no servía, decían todos. Un tornillo era un tomillo si tenía forma de tornillo. Imposible que fuera otra cosa. Walter Duck, a su manera, era un tornillo; un tornillo bien colocado.

Seguramente poseería un excelente expediente en el Bureau of Information. Un rebaño de abogados de reputación. Los psiquiatras de rigor. Bueno, todo en orden. Era un buen tomillo y la tuerca resultaba excelente: Director del Grahan-Engine.

No se sentía bien. Ni física ni mentalmente. Empezaba a sentir náuseas de todo. De todo salvo de Alice. Pasearían por el Hight Park mientras él buscaba el modo de estropear la coartada a Duck.

Aunque empezaba a sentirse descorazonado. A sentirse profundamente descorazonado.

Lo supo cuando entró en el ascensor que le iba a conducir dos plantas más abajo, camino de un Departamento de Información. El suyo.

No tuvo tiempo de saber si había recibido un golpe. Algo pareció encenderse en su nuca y el elevador dejó de ser el elevador. Era otra cosa. Un comedor local tal vez. Era cualquier cosa, pero no un elevador.

* * *

El ascensor. No, no lo era. Tampoco uno de los comedores locales. Steve se dijo que era un pasillo. Después averiguó que alguien le estaba ayudando a andar.

Un robot cerebral VIII. Bueno, éste llevaba el número sobre su hombro y el hecho de que le ayudara era la cosa más natural. Un *mind-robot* VIII actuaba como un hombre.

No encontraba las fuerzas necesarias para preguntarle a dónde le llevaba. Quizás a una de las Salas de Enfermería de la Grahan-Engine. Era lo más probable.

Luego cambió de opinión. Empezaba a ver cosas sorprendentes o a no comprobar las cosas naturales. Habían atravesado dos pasillos y no había localizado los números. Ni había visto a nadie. Sin embargo su reloj le estaba gritando que el Primer Turno no había acabado todavía.

Si seguía comprobando cosas anormales en torno suyo, debería buscar a un psiquiatra para que le dijera que no estaba loco. Seis semanas en una Clínica de Reposo y como nuevo.

¡Clínica de Reposo! Steve sonrió con amargura.

Al parecer habían llegado. Lunch miró delante de él y vio un recuadro rectangular. Una puerta. Una puerta sin número, sin rótulo. Bien, tenía que aceptar que era una puerta de la Grahan-Engine.

Por lo que pudo comprobar, él no pintaba nada allí. El mind-robot VIII llamó con su puño de hierro y luego dejó caer su mano humanoide mientras esperaba. Luego le soltó y Steve observó que podía mantenerse en pie sin ayuda de ninguna clase.

Se sentía un tanto mareado; las náuseas habían desaparecido y todo lo que quería era saber dónde se encontraba, por qué los pasillos no llevaban número y qué estaba haciendo allí. Había perdido el sentido en uno de los elevadores. En seguida se preguntó cómo era que lo había perdido. Se llevó las manos a la nuca y sintió un pinchazo.

Algo le había golpeado.

Iba a interrogar al hombre de metal cuando lo que parecía una puerta se abrió. Steve vio un hombre con bata blanca; no era un ángel, su rostro lo expresaba claramente.

— ¿El señor Steve Lunch?

— Sí.

— Pase.

No podía hacer otra cosa sino asombrarse. Asombrarse cuando vio a los hombres con las batas blancas, asombrarse cuando indagó mentalmente el lugar en el que se encontraba…

— ¿Qué Departamento es éste? —preguntó.

Uno de los hombres con batas blancas se acercó a él. Era alto y su rostro parecía chupado por alguna enfermedad. La frente despejada, las manos grandes. E inquietas. Steve las veía moverse continuamente.

— No se preocupe por eso, señor Lunch. No está en ninguna clínica de reposo, si eso es lo que está pensando. Soy el doctor Gallender —hizo con sus manos una maniobra significativa—. No voy a presentarle a mis colegas. Sería demasiado largo. Venga, acompáñeme…

Lunch estaba aturdido. Pero empezaba a ver algo claro. Habían conseguido interrogarle clínicamente. Porque, si no era un sanatorio mental, ¿qué demonios era?

Entró por otra puerta no identificada. Bueno, Steve había visto muchos despachos y aquello era uno más, con muebles rústicos. No había rastro de ningún sillón funcional.

— ¿Qué es esto?

— Siéntese.

Lo hizo.

— ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

— No se alarme. No va a sucederle nada. Absolutamente nada.

Steve sonrió irónicamente.

— Bien, ¿va a preguntarme dónde vive mi psiquiatra?

— No —dijo el hombre y también sonrió—. Sé qué hace días se halla excitado, señor Steve. Habíamos contado con todo, menos con un hombre excitado.

— No entiendo…

Gallender aspiró hondo antes de decir:

— Me entenderá en seguida, en cuanto mencione nombres como Winocour y Walter Duck. Señor Lunch, es usted un buen sabueso. Bueno de veras, pero excitado realmente. Se pregunta demasiadas cosas. Hace mal, aunque por otro lado me satisface. Está viviendo un momento histórico, señor Lunch. Abra bien los ojos. Quizás el último momento histórico.

El cerebro de Steve actuaba con rapidez. Aquel tipo no parecía un psiquiatra. Ni un supercerebro del Bureau of Information. Le estaba diciendo locuras, con la calma de un hombre cuerdo.

— ¿Por qué no habla más claro?

— Deme tiempo. He dicho que su espíritu de indagador me satisfacía. Es cierto. Voy a relatarle algo fantasioso, pero usted posee una mente fantasiosa y las mentes fantasiosas suelen ser las más comprensivas. ¿Le interesa?

Tenía que aprovechar cualquier pausa.

— ¿Estoy en la Grahan-Engine?

— Sí.

— ¿Dónde?

Gallender sonrió.

— ¿Qué importa? En un punto cualquiera.

— No existen puntos cualesquiera. Y usted lo sabe. Necesito hacer una llamada…

Gallender le cortó.

— No va a hacer ninguna llamada. Me escuchará simplemente. —Su voz se había elevado repentinamente—. Me escuchará. Lleva días preocupándose por un hecho que el Bureau of Information no ha presentido siquiera. Lleva días preocupándose, señor Lunch. ¿Va a desaprovecharla ahora?

— ¿Cómo sabe usted…?

— No importa cómo. Alguien me ha notificado todos sus pasos, todos sus movimientos, casi sus pensamientos. Es usted un hombre inquieto. Creí que los hombres inquietos no existían, pero me confundí. De cualquier modo no hubiera podido crearnos muchos problemas…

—¿Eh?

Tal vez era un loco.

— Me comprenderá si le digo que usted descubrió a dos de nuestros Tomorrow Men.

— ¿Tomorrow Men?

— Tomorrow Men. Hombres del Mañana. Neohumanos. ¿Entiende eso?

Tenía que estar loco. Y entonces la fantasía cobraba forma, una forma de dimensiones alucinantes. No podía ser. Pero era. Lo tenía frente a él. Lo que había estado buscando, confundiéndolo con un atentado criminal.

—Neo-humanos… —repitió Steve y trató de encontrar sentido a la palabra.

— Sí. Veo que se muestra comprensible. Pero empecemos. Siempre hay que empezar. Es un simple retazo de la vida humana. Necesito comentarlo para llegar al núcleo. Al núcleo. Bien, imagine dos hombres, A y B. El hombre A resume las características humanas ofensivas. El B es el punto opuesto, defensivo. Durante cientos de años el hombre A inventa todo tipo de armas como

lanzas, catapultas, cañones, bombas…

Hubo una pausa. Tan espesa que Gallender no la dejó existir más que unos segundos.

— El hombre B reacciona de la manera conveniente. Se esconde tras el escudo, la coraza, la trinchera, el castillo… Bien, eso sucede durante miles de años, hasta que el hombre A descubre la fuerza que esconde la escisión atómica. El hombre B se encuentra acorralado como…, como una rata. La madriguera no sirve. No sirve ningún punto muerto. La radiación llega a todas partes, se introduce por todos lados, norte, sur, este, derecha, izquierda, arriba, abajo. Todo lo destruye, lo modifica, lo cambia…

Steve buscó saliva en su boca. Necesitaba tragar saliva. Pero no tenía. Sólo la boca seca. La cabeza le ardía de un modo intenso. Todo aquello que le había aguijoneado durante días estaba ahora junto a él. Claro que había confundido las dimensiones. No era un atentado personal. En su cerebro había empezado a tomar forma universal. Porque adivinaba de un modo u otro lo que el hombre acabaría comunicándole.

—… Bien, la Ley del Desarme no sirve. Eso lo sabe cualquiera que tenga un gramo de entendimiento en su cabeza. No sirve. Todos los gobiernos hablan de la Ley del Desarme e inauguran continuamente nuevas bases de proyectiles atómicos.

»Es la eterna paradoja humana. El Hombre juega con el átomo. Un día cercano el átomo se escapará de sus manos y jugará con él. Todo eso ocurrirá, amigo mío. Y ni la Ley del Desarme, incomprensible mito del siglo veintiuno, podrá impedirlo.

Steve movió los labios. Eso ya era algo. Si alguna vez había necesitado su sangre fría, era en aquel momento.

— Antes dijo neo…, neo-humanos. ¿Por qué no se explica mejor?

El doctor Gallender hizo un gesto divertido con sus labios. No era más que una sonrisa…

— Bien, pero paso a paso. ¿Sabe lo que es una pila atómica?

— Sí. Se emplea contra las enfermedades cancerosas.

— Precisamente. Combate las células cancerosas, con regular éxito. Por medio de los rayos alfa, beta y gamma. Rayos radiactivos, pero de un modo controlado. Muy bien; nosotros guardamos una de esas pilas atómicas; es decir…, con ciertas diferencias.

— ¿Qué diferencias?

— No voy a responder a esa pregunta. No le voy a explicar la estructura de una máquina en la que he trabajado veinte años. Confórmese con saber que los rayos radiactivos que emite son… debidamente controlados. ¿Comprende?

Seguramente le matarían. Nunca saldría de aquella habitación. La gente dirá «un accidente…» y seguirían viviendo.

— Comprendo.

— Hans y yo empezamos a trabajar en esta idea hace muchos años. No me obligue a recordarlos. Ambos veíamos el catastrófico fin hacia el que marchaba el mundo. Nuestro proyecto constituyó un trabajo clandestino, siempre alejado de las narices del Bureau of Information. Los primeros adeptos fueron difíciles. Ahora contamos con cientos de ellos. Y otras pilas atómicas especiales. Cuidadosamente ubicadas. Rusia, Inglaterra, China…

Su rostro demacrado se perfiló cuando tosió ligeramente.

— Hemos creado cientos de neo-humanos. Ahora vagan por el mundo, cada uno con sus ocupaciones, esperando el momento. Sí, cientos de voluntarios que desafiaron los rayos radiactivos. Algunos murieron, pero la mayor parte está esperando que Rusia y América se digan lo último que tienen que decirse. Y nosotros provocaremos ese movimiento. Nuestro amigo Winocour es un excelente peón listo para coronar dama.

— ¡Todo eso es absurdo!

— No lo crea. Los neo-humanos han recibido sucesivas dosis de radiación. No voy a decir que estén vacunados contra una inevitable guerra nuclear. Pero sí diré que son los hombres más aptos para sobrevivir. Sobrevivir, ¿entiende esa palabra?

Tenía que ganar tiempo para pensar salir de allí.

— Medianamente. Pero esos… hombres que han recibido «dosis» de radiactividad pueden morir en cualquier momento, ¿no?

— No. Amigo mío, déjeme retroceder hasta el siglo veinte y aterrizar en Japón. Ciertos individuos recibieron una dosis menor de rayos gamma. Una dosis no mortal. Bien, los síntomas no son tan destructivos: fiebre, postración, anemia y caída del cabello a las cuatro semanas aproximadamente. Ésa es una forma paliada de la enfermedad radiactiva. Bueno, la «dosis» que han recibido los neo-humanos es inferior a la que recibieron los individuos antes

mencionados. Creo que está suficientemente claro.

— ¿Suficientemente claro? Bien, ¿ha pensado que puede destruir el metabolismo interior de un individuo, o modificar sus genes bajo la acción de los rayos gamma?

— Sí. Una radiación de ese tipo, leve, nunca dañaría íntegramente el metabolismo de un ser humano. Los neo-humanos son de ambos sexos. Insisto sobre el punto de que no están acorazados contra la guerra nuclear. Pero son los predestinados física y mentalmente para llevar la raza humana más allá de las fronteras de la radiación. Más allá, ¿entiende? No puedo pensar que un día el Hombre desaparezca del Universo.

— Creo que está loco.

— Sí, orgullosamente loco. Nadie podrá detener a los neo-humanos. Cuando los hongos radiactivos se eleven sobre la Tierra, ellos tomarán el mando.

— Ya veo. La tiranía.

— No use su ironía conmigo. ¿Tiranía? No entiendo esa palabra, aunque usted le da un giro agrio. No quiere comprender; eso es todo. Tratamos de acelerar la guerra nuclear. Sabemos que es preciso hacerlo así.

Steve sintió un ramalazo de rabia.

— ¿Por qué no se preocupan de evitarla?

— Es imposible. Podríamos eludirla un cierto tiempo, pero no eternamente. Ni las conferencias en Ginebra sobre la paz, ni la Ley del Desarme ni ningún otro recurso estúpido podrá evitarlo. Es la meta, amigo mío, ¿es que no quiere abrir los ojos?

Steve estaba calculando la distancia que le separaba de la puerta. Luego la que le separaba de la otra parte y el tipo de dificultades que tendría para llegar hasta allí.

— ¿Por qué me ha contado todo? ¿Por qué precisamente a mí?

El otro sonrió.

— Quería que supiese qué era lo que indagaba. No significa usted un peligro para nosotros, señor Lunch. En modo alguno. He conocido todos sus movimientos. Interesantes, pero carentes de lógica. No se recrimine a sí mismo. El gato ha buscado al ratón para explicarle sus propósitos.

Steve se permitió una sonrisa decepcionante.

— ¿Cuándo llegará el zarpazo?

— ¡Oh, qué pensamiento tan insípido! No vamos a hacerle daño, señor Lunch. No hay ningún motivo.

— ¿Tengo que creérmelo?

— Forzosamente. Ha sido usted el único grano de arena que nos ha molestado un poco. Un poco, nada más. Yo tenía interés en conocer a ese grano de arena.

— ¿Siempre es tan metafórico?

— No diga tonterías. Realmente, usted no sabía lo que buscaba. Encontró un parecido casual entre Winocour y Duck. Luego investigó por su cuenta. El azar le llevó a conclusiones criminales. Eso es todo. Ahora ya sabe que el problema nos atañe a todos. Debería sentirse orgulloso. Es el único humano que ha tenido ocasión de saber esto.

Steve dejó oír una risa histérica.

— ¿Cree que he aceptado todo lo que me ha dicho? ¿Una pila atómica especial? ¿Neo-humanos? Está más allá de la fantasía, doctor…

— ¡No sea necio! Usted me ha creído; me sigue creyendo. Simplemente trata de ganar tiempo de una forma estúpida. Le dije que no le haríamos nada.

Los ojos de Steve se achicaron.

— Bien, si no es mentira, explíqueme una cosa: ¿de qué modo surgieron los neo-humanos? ¿Cómo los hizo aparecer?

Una sonrisa abierta precedió a la respuesta.

—Ahora se muestra cuerdo. No puedo responderle de un modo concreto. Nuestra asociación es algo más grande que la Grahan-Engine y cada uno tiene su puesto. Mis colegas y yo nos encargamos de la pila atómica y el examen de los individuos. Un grupo de peritos se ocupa del problema de ubicar a los neo-humanos «prefabricados» en los lugares ideales. Realmente, ¿qué se necesita en este mundo aparte de un número en el hombro y un carnet de identidad? Nada. Correcto. Proporcióneme un número, un carnet y yo le daré un hombre.

— ¿Y Mel Grahan?

— Desapareció. Fue un caso aparte. Necesitábamos ese lugar ideal. Ningún cerebro del Information iba a meterse con él. Su expediente es intachable.

Steve sintió un escalofrío. Sin embargo, los calefactores no

estaban muy lejos de él.

— ¿Cuántos casos aparte se han producido?

— Otra vez su ironía, amigo mío. Usted no ve el fondo de nuestro proyecto. Solamente ataca uno de los medios. No voy a sentirme molesto. Eso sería tanto como sentirme débil. Más de veinte años trabajando me han proporcionado fe en los neo-humanos. No es un esbozo de locura, sino la realidad de un futuro próximo.

«Los neo-humanos están psíquica y somáticamente preparados contra las fuerzas desencadenadas del átomo. Muy pronto, antes de que pueda ocurrir cualquier percance, quizá cuando nuestro amigo Winocour sea proclamado Presidente de los Estados Unidos. Usted lo verá, señor Lunch. Tal vez sea lo último que vea pero lo podrá comprobarlo todavía.

Con los músculos encogidos pulsándolos como resortes, Steve actuó de un modo imprevisto.

VIII

Al principio había sido un cálculo mental. Y mentalmente resultaba un éxito escapar de allí. Por eso, Steve actuó con precisión. Impulsó con rudeza la mesa hacia adelante, imaginando que el hombre que se llamaba Gallender estaría demasiado ocupado con ella por unos instantes.

En un momento, estuvo junto a la puerta y realizó otro «spring» parecido al que había hecho en el pasillo no identificado. Su meta era la otra puerta y la alcanzó apresuradamente, antes de que nadie pudiera impedírselo.

La abrió encontrándose frente al mind-robot VIII que le había llevado hasta allí. De alguna manera adivinó que iba a cerrarle el paso y pasó ágilmente junto a él.

Luego corrió por el pasillo sin número.

Había sido demasiado fácil, tan fácil que no se sorprendió al escuchar las recias pisadas metálicas del robot cerebral tras él. Le perseguía. Bien, eso, después de todo, estaba al alcance de un mind-robot VIII. Nunca le baria daño. Todo lo más, le sujetaría.

Pero entonces todo estaría perdido. Steve desembocó en otro pasillo sin número. Todo estaría perdido. Porque ahora sabía lo que realmente estaba pasando. «Inconcebible…», podían pensar los demás. Y, sin embargo, tenía toda una historia. Tendrían que creerle. El Bureau of Information acabaría aceptando su ceguera y buscaría a los neo-humanos, destruirían la pila atómica y atraparían a Winocour, Duck y tipos como ellos.

Empezó a notar que perdía el aliento. Volteó la cabeza y descubrió la carrera del impasible mind-robot.

Estaba en la. Grahan-Engine, lo presentía. En algún lugar ignorado de la Grahan-Engine, donde los pasillos no tenían número y se estaba celebrando uno de los complots más alevosos contra el Hombre del mismo modo que si se tratara de un club de agiotistas políticos.

Steve vio el final del corredor. Era una encrucijada donde desembocaban cuatro pasillos. Pensó que era la Grahan-Engine, posiblemente todo aquello estaba oculto bajo los comedores locales.

Necesitaba tropezar con un ascensor antes de que el robot le

detuviera. Una ojeada le bastó para saber que se estaba aproximando velozmente. Todo lo que pedía era llegar a la encrucijada y encontrar alguna manera de escapar a la máquina.

Sus esperanzas se diluyeron en el aire. Los cuatro pasillos no numerados parecían conducir hacia un punto infinito. No había nada. Los muros y los pasillos. Y nada más.

Se volvió y comprobó que nunca podría escapar al mind-robot VIII. No podía retar a un combustible que duraba seis meses. Medio año antes de que los especialistas abriesen su tórax metálico y le concediesen otro medio año de vida.

Había perdido.

Se apoyó en uno de los muros. Lo que le importaba en aquel momento era recobrar su propia respiración. El complot mundial que allí se escondía debía esperar a que eso se restableciese.

El hombre metálico redujo la velocidad. Calmosamente. Steve le vio acercarse, pero sabía que de nada hubiera servido hablarle. Las órdenes que le habían sido inculcadas serían siempre las que obedeciese. Constituía un buen perro guardián.

Maldijo a Grahan cuando tuvo la desafortunada idea de crear aquellas máquinas humanoides. Había hecho algo bueno, desde luego. Pero en aquel momento, le maldijo. Lo único que podía detenerle era precisamente un mind-robot VIII.

El robot se detuvo junto a él, irguió uno de sus brazos y su mano de dedos de metal le atrapó la muñeca derecha sin presionar demasiado. Steve esperó el siguiente paso. Lo adivinaba. Le conduciría nuevamente junto al doctor Gallender.

Pero el hombre metálico hizo otra cosa.

Elevó su brazo libre por encima de la cabeza de Steve. Éste no pudo pensar qué significaba concretamente aquello. No pudo saberlo hasta que el brazo se abatió sobre él.

En una décima de segundo, Steve pensó que aquello era imposible y todo lo que pudo hacer fue levantar débilmente su brazo para paliar el golpe. Algo se desencadenó tras su cabeza, aproximadamente en un punto que ya había sido golpeado en otra ocasión.

Luego la forma metálica del robot se desdibujó ante sus ojos. Supo que se hundía en el abismo de la inconsciencia.

* * *

Algo había cambiado…

Parpadeó mientras resistía el dolor en el estómago. La oscuridad no era total. Pronto sus ojos se acostumbrarían a ella y captarían los detalles que le rodeaban.

De momento, se dedicó a pensar que algo había cambiado. Las ideas iban acercándose lentamente a su cerebro vacío. Empezó a aceptarlas tal como eran. Más tarde llegaron precisas y Steve soportó un escalofrío que se sumó al dolor de su estómago.

Sin embargo, aún en las tinieblas de los recuerdos, tuvo la certeza de que algo había pasado. Parpadeó nuevamente y entonces descubrió los puntos luminosos cerca del techo. Luego los puntos luminosos cantaron.

Eran los canarios de Josella. Sus ojos brillaban en la oscuridad de una forma extraña. Pero siempre habían brillado así. Los odiaba. Movió ligeramente la cabeza cuando sintió la arcada que le agarrotaba la garganta.

Consiguió vomitar fuera de la cama. Josella sabría apreciar aquel gesto.

Se suponía que debía dolerle la cabeza y no era así. Algunos nombres corrieron por su cerebro. Winocour, Duck, Gallender… Esta vez el escalofrío no le sorprendió.

Hilvanaba los hechos. Todo lo que había ocurrido. Él lo había vivido, lo sabía. Todo aquello que estaba seguramente bajo los comedores locales de la Grahan-Engine.

— ¡Josella! —gritó.

El vómito le había dejado un extraño sabor en los labios. Necesitaba tomar un vaso de agua mineral y suprimirlo. Y quería que Josella le explicara muchas cosas.

Sí, una parte de su cerebro le estaba diciendo que algo extraño le había ocurrido. Pero no podía aceptarlo. No antes de que alguien como Josella lo afirmase.

Escuchó los pasos precipitados y se sintió aliviado. Eran los de ella. Los conocía. Saltitos cortos y precipitados. Alguna vez los había calificado de histéricos, pero, en aquel momento, se encontraba demasiado excitado para sentirse didáctico.

La luz se encendió brutalmente y en seguida los ojos de Steve se

cerraron herméticamente. Un segundo después los abría y contemplaba el rostro desencajado por un gozo nuevo en Josella.

— ¡Oh, Steve, por fin!

Fue una colisión, porque Steve afianzó sus brazos sobre la cama para soportar el abrazo de ella. Se preguntó estúpidamente si estaba loca. No, probablemente acababa de adquirir un nuevo pez oriental. Eso era la cosa que la ofuscaba más en el mundo.

— Ya está bien —dijo secamente—. Ya está bien. Bueno, ahora siéntate y explícame lo ocurrido.

Ella no lo hizo. Solamente aflojó el abrazo y dijo:

— ¡Steve, creí perderte para siempre!

— ¿Para siempre? —Lunch dejó que sus labios se cortaran en una sonrisa—. ¿Qué tontería es ésa?

Ella pareció controlarse.

— ¡Oh, tú no sabes nada, naturalmente! Pero cuando desapareciste…

— ¿Desaparecí?

— Desapareciste, Steve. La policía te ha buscado por todo Nueva York. Incluso vino a casa uno del Bureau of Information. Preguntaron por todas partes. ¡He pasado unos días terribles, antes de que te encontraran!

Todo su cuerpo dio un salto. Ella no estaba loca, no sufría ninguna de sus crisis. Él sabía cuándo ocurría aquello y, en aquel momento, nada especial estaba pasando en Josella.

¡Pero él acabaría loco…!

— Josella…, ¿cuánto tiempo tardaron en encontrarme?

Ella lanzó un suspiro elocuente.

— Dos semanas, Steve.

—¿Eh?

Uno de los brazos de ella le acariciaba la nuca. Steve comprobó las ojeras, de sus ojos. Hacía días que no dormía bien. Eso demostraba que era sincera.

—¿Por qué lo hiciste, Steve?

— ¿Hacer el qué? —algo le decía que no sabía todo y se sentía asustado.

— Subir a uno de los elevadores inutilizables y atrancar por dentro hasta inutilizar la cerradura. ¡Steve, el doctor Coleman me ha asegurado que puede ser un intento de suicidio! Pero ¿por qué?

Era como si todo cambiara de forma. Todo lo que conocía tomaba un cariz distinto. Debería haberse tranquilizado antes de analizar la nueva situación, pero se dejó llevar por el primer impulso.

— ¡Yo no hice eso, Josella! ¿Me oyes? ¡No lo hice! ¡No subí a ningún elevador inutilizado, ni atranqué por dentro la cerradura! ¡Ni estuve dos semanas encerrado en ningún elevador…!

Se detuvo, miró el rostro asustado de su mujer y acarició la pregunta que iba a formularle.

— Entonces ¿estuve dos semanas en un elevador?

— Así es.

— Bien, ¿supones que puedo aguantar quince días sin probar alimento?

Ella no contestó; no verbalmente, al menos. Se alejó hacia la cómoda y tiró de uno de los cajones. Volvió y colocó ante las narices de Steve un tubo.

Lunch no necesitó leer la etiqueta. Pastillas caloríficas. Cada una de ellas poseía el número suficiente de calorías para no tomar bocado en veinticuatro horas. Pero él siempre las había rechazado de su dieta. Nunca las había tomado.

— ¿Supones que yo ingerí todo ese tubo, Josella? Sabes que soy incapaz de hacer eso. ¡Lo sabes!

Ella le miró fijamente.

— Sin embargo, lo hiciste, Steve. Es la única solución razonable. Las pastillas te conservaron la vida, aunque luego te produjeron vómitos y dolores de cabeza.

Dejó caer la cabeza sobre la almohada, exactamente en el instante en que el timbre de la entrada empezó a lanzar su chillido habitual.

— Debe de ser el doctor Coleman, Steve. Viene a verte desde ayer. Es muy agradable…

Permaneció solo con los canarios. Pero no estaba con ellos. Trabajaba furibundamente para encontrarla verdad. ¿La verdad? Dentro de poco no podría sostener aquella actitud mental o lo poco cuerdo que había en su mente se iría al diablo.

¡Dos semanas!

El doctor Coleman penetró en su cuarto. Cincuenta años bien conservados, frente despejada y usaba lentes. Eso era lo más

preclaro en su persona.

Steve soportó la metralla de preguntas. Se encontraba bien. Sí, le dolía el estómago, pero no era demasiado doloroso. Sí, realmente se encontraba bien.

Luego Josella se fue y ambos quedaron solos. Steve no era en aquel momento la clase de hombre que deja una pronunciada pausa antes de acometer una conversación.

— Doctor Coleman, no estuve dos semanas en un elevador.

El hombre arrugó la nariz y asintió.

—He grabado en una cinta lo que estuvo balbuceando ayer, cuando le transportamos a su casa. Bueno, nunca había visto algo tan… dispar. ¿Piensa sostenerlo?

— Sí.

— Pero usted ya sabe a lo que eso va a conducirle, señor Lunch. Es una grave calumnia personal contra nuestro Presidente Stanley Winocour y otras personas. ¡Es absurdo!

— ¡Parece absurdo! —protestó Steve—. ¡Pero lo he vivido! ¿No han empleado conmigo ningún super-detector de mentiras?

Coleman asintió.

— Empleamos uno y el resultado fue afirmativo, no es más que el resultado de una pesadilla y, en una' pesadilla, la mente del individuo acepta las imágenes como reales.

Lunch apretó los dientes. Se sentía abatido, pero debía continuar:

— ¡No fue una pesadilla! ¡Doctor Coleman, usted debe creerme! Debe hacerlo y el mundo seguirá siendo igual que ahora, o de otro modo…

El doctor carraspeó ligeramente.

— O de otro modo, los neo-humanos provocarán la hecatombe atómica. He estudiado lo que grabó en la cinta, señor Lunch. Un interesante engranaje, pero los eslabones no encajan. Bien, déjeme sintetizar:

«Usted persigue algo que no sabe lo que es. Esto no es aceptable. Sube a uno de los ascensores de la Grahan-Engine y recibe un golpe. Aceptable. Pudo ser con el mando de botones. Luego un robot cerebral tipo VIII le conduce por un pasillo sin número. No aceptable. Todos los pasillos de la empresa tienen número, y, si no lo tienen, dejan de ser pasillos.

»El complot es del todo inaceptable. Y la idea de ese imaginario doctor Gallender son el producto de un libro de ciencia-ficción. Cualquier rincón de Nueva York está controlado por el Bureau of Information y sus cerebros. Otro punto: un robot cerebral tipo VIII le persigue y le ataca. Tengo entendido que no pueden realizar ningún paso para dañar a un individuo, al menos directamente.

— ¡Pudo ser trucado su mecanismo, doctor!

— Bien, acepto eso. ¿Mecanismo trucado? Humm… Bueno, es algo a lo que una Máquina de Probabilidades no eliminaría totalmente. Pero las Máquinas de Probabilidades se han portado muy duramente con… con su historia, señor Lunch.

— Entiendo. —Steve tragó saliva con visible dificultad. Luego hundió sus ojos en los del doctor—. Bueno, no me queda más que un camino, ¿verdad? ¿Qué Clínica de Reposo me sugiere?

Coleman suspiró y una arruga cabalgó sobre su nariz.

— Es un buen consejo, créame. El mejor que puedo darle, acéptelo. Como una sugerencia. De veras, me he interesado vivamente por su caso, señor Lunch. Nunca había visto otro igual.

Steve se relajó, abatido. Nada servía. Imaginaba la continuación. Unas cuantas semanas en una Clínica de Reposo y lo olvidaría todo. Allí habría modo de hacerle olvidar todo.

— Doctor…

— ¿En qué puedo ayudarle?

Steve hizo un último esfuerzo. Se sentía destruido, pero hizo un último esfuerzo.

— Necesito que me haga un favor. ¿Lo hará?

El hombre enarcó las cejas.

— ¿Cuál?

— Escuche, supongo que tendrá grabada toda mi historia. Bien, sé que parece imposible. Las Máquinas de Probabilidades y los cerebros del Bureau of Information han dicho que no. Pero usted no es usa máquina, doctor y puede hacerlo.

— ¿Qué?

Los ojos de Steve brillaron intensamente.

— Vaya a la Grahan-Engine. Eso es de todo punto cabal —ahora había adoptado una postura crítica—. Pida una entrevista con Walter Duck. Sigue siendo lógico, ¿no?

— Termine.

— Cuando lo tenga adelante, pregúntele si tiene algún inconveniente en someterse a los detectores modernos.

Coleman frunció el ceño y apretó las manos.

— Si me equivoco —dijo con voz calmada—, eso sería el fin de mi carrera.

Steve se incorporó un poco y retó los treinta años de experiencia de Coleman con sus ojos grises.

— Si no se equivoca, habrá salvado al mundo, doctor. Y conocerá el verdadero engranaje de lo que llama mi pesadilla. Eso es algo que no incumbe a las máquinas, ni a sus cálculos de probabilidades. Retroceda cincuenta años y encontrará un mundo sin máquinas, ni supercerebros que velen por una nación.

»Los problemas eran los mismos de ahora. Sencillamente, no había mind-robots, ni Clínicas de Reposo como ahora, ni Máquinas de Probabilidades que decían que sí o que no. Admita que, pese al ultramoderno Bureau of Information, toda su maldita pandilla de telépatas vanidosos y a sus supervidentes son tan humanos como nosotros y pueden equivocarse.

Otra vez se reclinó sobre la almohada. Ya no se veía capaz de seguir hablando. Si había perdido, debía considerarlo así. La Clínica de Reposo le pondría como nuevo en quince días. Sencillamente, con un vacío en su cerebro. Borraría su «pesadilla» y volvería a ser como antes.

Y el mundo volaría en pedazos, mientras seres preparados para gobernarlo apretaban los botones que pondrían en marcha los cohetes nucleares.

Observó de reojo a Coleman. Ahora todo dependía de él. Pensaba. Coleman meditaba calladamente. Algo brillaba en sus ojos profesionales y no era el brillo malicioso de la incredulidad.

Por fin se levantó.

— Bien, no sé lo que podré hacer exactamente, (. pero algo intentaré. No, no me dé las gracias. Su discurso no me ha convencido. Ha sido su expediente estatal. Hay algo que resulta difícil de creer y es que una persona real, pero en modo alguno imaginativa, llegue a crear esa fantástica historia, tan fantástica que he llegado a dudar sea una pesadilla. Lo haré, pero no le prometo nada. Será un intento. Y, si me descalabro, se lo haré saber de algún modo inoportuno.

Steve iba a decir algo, pero se calló. Si se mostraba excesivamente alegre, acabaría en la Clínica de Reposo. Actuar con discreción era lo recomendado.

Saludó al doctor y adoptó una actitud calmosa. El engranaje. Sólo aquel hombre podría hacer algo por descubrirlo. Sólo si hurgaba en las tripas de la Grahan-Engine, donde un equipo de hombres estaban preparando el más venenoso caos que la Humanidad hubiera conocido.

Cerró los ojos.

Ojalá.

Debía de ser cuanto antes. De una manera inexplicable había pasado quince días en un elevador, con una caja de pastillas caloríficas. No tenía sentido. Por supuesto, lo único que habían podido sugerir las Máquinas era el suicidio.

Pero lo que ahora importaba era detener a Winocour. Mientras él había permanecido en el ascensor, el hombrecillo había ganado las elecciones. «Un peón importante…», había dicho Gallender.

Sobre su cabeza, los canarios de colores que coleccionaba Josella se pusieron a cantar.

EPÍLOGO

Lo que ocurrió en las veinticuatro horas siguientes fue algo que el mundo eternizaría en sus compendios de Historia.

Todo empezó cuando un hombrecillo llamado Walter Duck se puso nervioso ante unas preguntas y acabó alarmado frente a los modernos detectores de mentiras del Bureau of Information.

Entonces, poco a poco, fue surgiendo la leyenda más fantasiosa que el mundo había vivido. Cuando empezaron a saber algo acerca de los Neo-humanos, la gente dejó de prestar atención a sus mil ocupaciones y volvió los ojos hacia Walter Duck.

La idea de que todo era un truco publicitario fue el primer murmullo, pero cuando alguien descubrió que los comedores locales no eran la planta más profunda de la Grahan-Engine, los síntomas tomaron características histeroides.

Luego empezaron a escucharse palabras como «invasión», «guerra nuclear» «monstruos»… La gente estaba alarmada. Los periódicos no tuvieron ningún problema para suprimir hasta el último ejemplar. Pero la gente quería más. Durante años, habían permanecido embrutecidos con el hipódromo y los mind-robots VIII. Pero ahora era distinto. Revolucionario.

Millones de hombres enchufaron los televisores, devoraban los periódicos, divagaban y empezaban a hablar de neo-humanos como si fuera lo único en el mundo.

Después de eso, empezaron a escucharse nombres y uno de ellos fue el de Winocour. Dos días después, una multitud enloquecida dejaban tras sí un despojo humano que en otro momento había sido el Presidente de los Estados Unidos.

Otras veinticuatro horas y el Bureau of Information empezó a actuar con lógica. La pila atómica había sido destruida. Gallender y sus colaboradores, ajusticiados.

Todo lo que se conservaba sobre los neo-humanos era una relación de nombres y ubicaciones. Datos precisos. El Congreso tardó dos días en encontrar la solución a aquel problema.

Lanzó una sentencia de muerte contra los neo-humanos. Se localizaron a los individuos en todas partes. Era un asunto de mucho ruido, pero la gente lo había tomado con entusiasmo.

Por una vez no pidieron la opinión a las máquinas. Actuaron por su cuenta. Cualquiera podía ser un neo-humano. Según el Bureau of Information su número era aproximadamente ocho mil.

Ocho mil individuos equilibradamente preparados para dominar el mundo. Las masas, enfebrecidas trataban de identificar a los neo-humanos y en muchas ocasiones actuaron.

América, Rusia, Francia, España, Inglaterra, todas los países vivían momentos excitantes. Todos ellos se habían reunido para acabar con los neo-humanos.

Las listas eran perfectas. Se distribuyeron adecuadamente y cada nación se ocupó de su número de inquilinos molestos. No hubo preguntas. Se suprimía al personaje en cuestión. No importaba su categoría, su sexo o su cerebro.

Eficientes adictos del Bureau of Information o agrupaciones estatales similares se encargaban del asunto. Pero era imposible evitar que parte de la masa cooperara de un modo más o menos afortunado.

El linchamiento era uno de aquellos modos.

Claro que se vivía un momento angustioso en el que todo el mundo quería tomar parte. Más tarde, todo aquello habría de llamarse «la fiebre de los neo-humanos». Sería un rótulo común a todos los periódicos.

Pero eso sería más tarde, cuando se anulasen ocho mil individuos de la faz de la Tierra.

* * *

Por una de las vías subterráneas que horadaban Nueva York, un coche del Bureau of Information desoía los consejos del robot controlador de velocidad.

Tardaron quince minutos en estacionarse junto a la Wall Street. Luego, uno de ellos consultó la lista y buscó ávidamente el número de la casa. Lo que llevaban en los bolsillos interiores de sus americanas no eran precisamente pitilleras, sino automáticas «Derringer».

Ninguno de los individuos estaba acalorado. Subieron al ascensor y siguieron el rumbo en la tabla de mandos.

Una vez fuera de él, se acercaron a la puerta y pulsaron el

timbre. Parsimoniosamente, como cualquier buen agente ejecutivo del Information.

Josella se trasladó despacio desde la cocina a la puerta, atravesando el comedor. Si hubiese mirado con atención a Steve, hubiera visto qué pálido estaba; pero no lo miró.

Lunch abandonó la silla. Tenía la seguridad de que eran los del Bureau of Information. Absolutamente seguro. Lo supo desde aquella mañana en que notó de qué modo perdía el cabello.

Luego había sabido otras cosas. Por ejemplo, que no era un elevador el sitio en que había permanecido quince días. Pero aquello ya no tenía importancia.

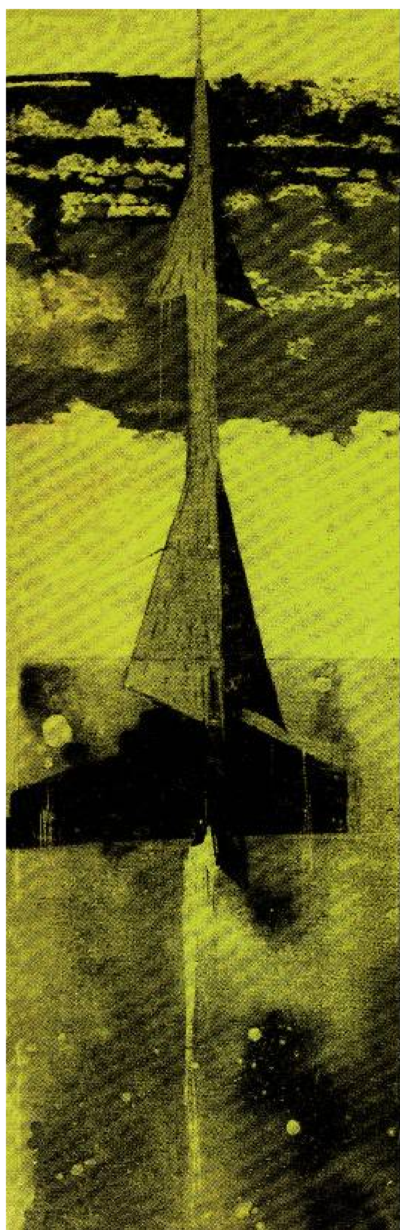
Se levantó de la silla. No tembló, ni gritó; ni siquiera se puso nervioso.

Tenía necesidad de aire puro. Abrió la ventana y lo aspiró glotonamente. Los canarios seguían cantando en alguna parte de la casa. Luego, se encogió de hombros, recordó vagamente a una muchacha a la que había estropeado el bocadillo en uno de los comedores locales y saltó.

Los dos agentes ejecutivos del Bureau of Information entraron en aquel preciso momento. Ni siquiera se asomaron a la ventana. Era un cuarto piso, después de todo.

Lunch había muerto. Era uno más de los «neo-humanos».





Próximo número:

¿Puede suceder alguna vez? ¿Vivirá usted cuando suceda?

CAOS CÓSMICO

Roy Rowan

Precio: 9 ptas.